JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES

HEREDEROS

EL LEGADO DE LOS HÉROES

B DE BLOK

BÁRBARA MONTES
JUAN GÓMEZ-JURADO

HEREDEROS

EL LEGADO DE LOS HÉROES

Ilustraciones de **David G. Forés**

B DE BLOK

Juan Gómez-Jurado quiere dedicar este libro
a Henar y a Marina

Bárbara Montes quiere dedicar este libro
a Juan y a Sam

PRÓLOGO

—Vosotros no sois muy listos, ¿no?

Los tres dejaron de discutir y se giraron hacía el lugar del que había procedido la voz. Robyn, con el arco preparado para soltar su flecha; Yun, en posición de lucha; y Olaf, con un gesto de confusión en el rostro cuadrado y bonachón.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Yun enderezándose, lo que la hizo parecer más alta de lo que ya era.

—Eso debería preguntarlo yo. Al fin y al cabo, estáis en mi casa. —La voz había cambiado de posición, no obstante, ninguno de los tres había sido capaz de ver ningún movimiento a su alrededor.

—¿Cómo que tu casa? —volvió a preguntar Yun mirando en todas direcciones sin conseguir ver a la persona que hablaba.

La voz sonaba joven. No gritaba, su tono era tranquilo, incluso simpático, pero, por muy agradable que fuese, los tres adolescentes no podían confiar en alguien sólo por su voz.

—¿Vas a hacernos daño? —quiso saber Olaf, mucho más práctico que sus compañeras. Odiaba las peleas, pero era mejor estar preparado.

—Eso depende de vosotros y de vuestras intenciones. —Quien hablaba, una vez más, había cambiado su ubicación sin que ninguno de los tres se diese cuenta. Era un fantasma. O, al menos, se movía como uno.

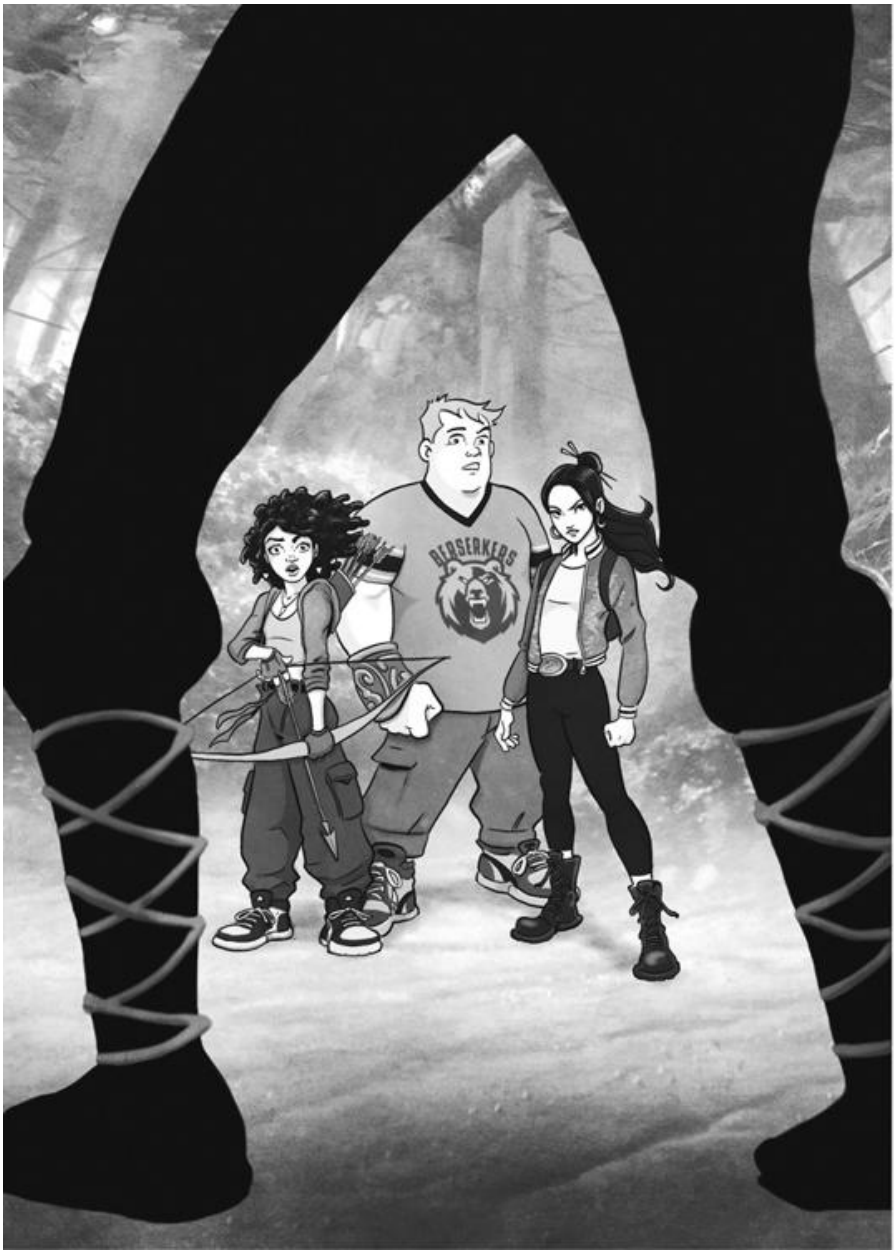
—Sólo buscábamos un lugar en el que acampar —confesó Robyn, que bajó el arco y suavizó su habitual ceño fruncido—. Lo sentimos mucho si hemos invadido tu casa, que, por cierto, es una fantasía. ¡Me

encanta!

Le dio un codazo a Yun para que dejase de lado su actitud amenazante. Ésta la miró algo sorprendida, pero dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo antes de volver a hablar.

—No queremos hacerte daño —resopló.

—Ya, bueno, para eso primero tendríais que cogerme —rio la voz— y, después de escucharos durante un rato, creo que sería bastante difícil… Ni siquiera habéis conseguido poneros de acuerdo para ver si cenabais o no.



Una mueca de fastidio tiñó el rostro de Yun. Por mucho que quisiera negarlo, la voz misteriosa tenía toda la razón del mundo. Nunca eran capaces de ponerse de acuerdo en nada.

—Ella es Robyn, él es Olaf y yo soy Yun… Y, la verdad, es que nos vendría bien algo de ayuda.

De detrás de una de las cabañas salió una figura. Vestía de negro de

la cabeza a los pies. Llevaba el cabello y el rostro tapados por una capucha y lucía una camisa y unos pantalones negros, anchos y de aspecto cómodo. Completaban su atuendo unas botas hasta casi la rodilla, del mismo color que, a simple vista, parecían muy flexibles y cómodas.

—Tío, me gustan tus pintas —comentó Robyn con una sonrisa. Sus compañeros se sorprendieron, era raro que Robyn sonriese o le dijese a alguien algo agradable.

—Y a mí —coincidió Olaf.

—Gracias —dijo el chico. Se llevó ambas manos a la capucha y la retiró dejando que cayese hacia atrás, a continuación, bajó la tela que le cubría la boca y la nariz—. Me llamo Hiro, Sōya Hiro. Podéis llamarme Hiro, Sōya es el apellido —explicó—, en Japón va delante del nombre. Ahora sí, por favor, bienvenidos a mi hogar.

Era un muchacho de más o menos la misma edad que los otros tres. El pelo negro, algo largo y liso, brillante, le caía a ambos lados de la cara. Los ojos grandes y rasgados, muy bonitos y expresivos, acompañaban un rostro de pómulos marcados y barbilla angulosa, delgado, con nariz estrecha y recta y labios amplios.

—También me gusta tu careto —dijo Robyn—. Eres guapo.

—Sí que lo es —aseveró Olaf.

Yun les dio un codazo a cada uno para que cerrasen la boca.

—Gracias —repitió el muchacho, esta vez con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza—. Supongo que tendréis hambre, ¿por qué no cenamos algo y me contáis qué os trae por aquí? Por lo que he escuchado, creo que tenemos un objetivo común.

—Y tu estilo, también me mola mucho tu estilo —zanjó Robyn—. Estoy muerta de hambre.

—Y yo —convino Olaf.

—No tenemos tiempo para cenas y charlas —replicó Yun de manera cortante—. Estamos en medio de una misión muy importante.

—Eso he oído —comentó Hiro—, pero no parece que os importe mucho.

—¿Qué? —preguntaron Yun, Robyn y Olaf a la vez.

—La chica que venía con vosotros acaba de escaparse. Os lo digo

porque no parece que os hayáis dado cuenta…

—¿¡QUÉ!? —exclamaron Yun, Robyn y Olaf a la vez, en esta ocasión, mirando hacia el lugar en el que habían dejado atada a su prisionera.

Yun suspiró y se presionó el puente de la nariz con dos dedos antes de volver a hablar.

—Bien, chicos… —dijo por fin—. Estamos muertos. Lennon va a matarnos.

1
UNA PANTALLA

El Director Lennon observaba en las pantallas lo que sucedía en esos mismos instantes en la sala contigua. Se encontraba en uno de los pisos inferiores del complejo de la Organización.

La habitación que observaba era amplia, sin recovecos, cuadrada y casi aséptica debido al blanco que predominaba tanto en sus paredes como en el mobiliario. En uno de sus extremos, se encontraba la única nota de color de toda la estancia: un inmenso sofá de piel azul. Tal vez demasiado grande teniendo en cuenta que sólo tres personas solían ocuparlo, pero al amueblar aquella habitación —algo que había hecho personalmente el propio Lennon y, como era obvio, sin ayuda de nadie—, había tenido en mente un grupo mucho más numeroso que el que había conseguido reunir tras años y años de búsqueda. Frente al sofá se situaba una mesa baja rectangular y, delante de ella, un mueble coronado por una moderna consola de videojuegos y un televisor también demasiado grande. En el otro extremo de la estancia, completando el esfuerzo decorativo de Lennon, se encontraban una mesa alta rodeada por seis sillas y una estantería que ocupaba toda una pared en la que se acumulaban juegos de mesa, libros y cómics. No es que el Director estuviese muy orgulloso del diseño, tan sólo estaba satisfecho con el resultado, pero el interiorismo no era lo suyo. Una puerta tan blanca como todo lo demás y un ventanal enorme de techo a suelo ocupaban las otras dos paredes.

Lennon sacudió la cabeza en un gesto de negación a la vez que un suspiro escapaba de entre sus labios fruncidos. La mujer que controlaba la cámara le devolvió una mirada de comprensión.

—No están preparados —dijo la joven con una mueca—. Siguen discutiendo por cualquier tontería…

—Tienen que estarlo —replicó él—. Mordred se ha puesto en marcha y debemos detenerlo.

—Tal vez podría pedírselo a la niña Black… —sugirió la mujer levantando una ceja—. Esa chica sabe muy bien lo que se hace… Ella sí que está preparada.

—Ella es nuestro último recurso, no el primero… Y ya he tenido que pedirle algo de ayuda para esta misión. No quiero pedirle más que lo imprescindible… Y ya lo he intentado. Ha dicho que no podía.

—Pero…

—No hay peros, Agente Brown —interrumpió Lennon con un gesto de la mano. Sus ojos continuaban fijos en las imágenes que se desarrollaban en el monitor. El ceño fruncido y los puños apretados indicaban que había tomado una decisión—. Llevamos años entrenándolos, trabajando con los tres, juntos y por separado. A pesar de su juventud, han conseguido un buen control de sus capacidades y éstas no hacen más que crecer día tras día. Tienen que estar preparados.

—¿Y si fracasan?

—Volveremos a intentarlo.

—Sabe que el fracaso puede conllevar la muerte. —El gesto de la agente se oscureció al decirlo—. Sólo son niños y eso no detendrá a Mordred… Ni a Le Fay, si me pregunta mi opinión.

—No te la he preguntado. Ya no son niños. Son efectivos de la Organización, Brown. No lo hagas más difícil.

—Usted también se ha encariñado con ellos.

—No tanto como tú —replicó Lennon, permitiendo que una leve sonrisa se dibujase en su rostro—. Sé que es duro, pero no puedes permitir que eso se interponga entre nosotros y nuestro objetivo. Nosotros lo sabíamos y ellos… —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pantalla—. Ellos también… Sube el volumen, por favor, a ver cómo van.

La Agente Brown suspiró y, con un encogimiento de hombros, obedeció la orden de su jefe.

En la pantalla, los tres adolescentes se encontraban en la misma sala, las dos chicas en pie. Yun hablaba en dirección a Robyn gesticulando mucho con los brazos, pero la otra le daba la espalda con un gesto de fastidio tatuado en el rostro pequeño e inteligente. Mientras tanto, el único chico del grupo, Olaf, se encontraba sentado con los codos apoyados en la mesa. Llevaba puestos unos auriculares casi tan grandes como su cabeza, que agitaba al ritmo de aquello que fuese que estuviese escuchando.

—Ya… ¿Y qué? Yo no tengo la culpa de ser tan popular —decía Yun en aquellos momentos.

La adolescente, de dieciséis años, era muy alta para su edad. Su físico estilizado y sus rasgos delicados le recordaban a Lennon a uno de aquellos elfos que Tolkien había descrito en su obra *El señor de los anillos*. Además, poseía una inteligencia fuera de lo común y era un auténtico genio en cualquier asunto que implicase tecnología. No obstante, no había sido fichada para aquel equipo por ello… Si haber encontrado al Director Lennon por sus propios medios y haber decidido formar parte de su pequeño grupo clandestino podía considerarse como «ser fichada». Su verdadero poder era la persuasión: podía conseguir que cualquiera hiciese lo que ella decía con tan sólo susurrarlo.

También era una de las influencers de moda más importantes del globo y contaba con millones de seguidores en sus redes sociales. Su vida era de dominio público, excepto lo de pertenecer a una organización secreta que protegía al mundo de amenazas sobrenaturales. Sobre ese pequeño asunto, tenía prohibido decir nada a todos esos millones de seguidores.

Y lo cumplía a rajatabla.

—No, de lo que sí tienes la culpa es de querer sacarme a mí en tus mierdas —dijo Robyn cruzando los brazos sobre el pecho—. Te he dicho mil veces que me dejes en paz, no quiero formar parte de eso.

—Pero ¡eres mi amiga! ¡Mis seguidores quieren conocer a mis amigos! —replicó Yun con un par de puntos de indignación en su voz —. Tendrías que estar orgullosa en lugar de quejarte tanto.

—¡Tú y yo no somos amigas! —estalló Robyn. Su melena rizada y

oscura ondeó alrededor de su cabeza cuando se dio la vuelta para enfrentarse a Yun—. Tú y yo trabajamos juntas, pero no somos amigas.

Una expresión de dolor atravesó el rostro de Yun al escuchar esas palabras, apenas duró unas décimas de segundo, por lo que pasó desapercibida para Robyn.

—Venga, no discutáis más —dijo Olaf quitándose los auriculares en los que sonaba a todo volumen una de sus adoradas bandas de *viking metal*—. Yun, si Robyn no quiere aparecer en tu vídeo, no la obligues… Yo lo haré por ella. —Olaf era un buenazo. Siempre mediaba entre las otras dos, pero es que Olaf odiaba las discusiones—. En serio, si necesitas a alguien para tu contenido, yo lo hago encantado.

—No te ofendas, Olaf, pero es que Robyn queda mejor en cámara, pero te agradezco mucho que quieras ayudarme. Guardó silencio unos instantes. Sus ojos, rasgados de manera natural, se rasgaron todavía más mientras le daba vueltas a una idea que acababa de tener. Tras unos segundos, se giró hacia Robyn de nuevo—. Robyn, ¿qué te parecería hacer un vídeo los tres? ¿Te parecería mejor así? ¿Querrías participar? Podemos proponer tres tipos de outfits con las mismas prendas, uno para salir, otro para ir a clase y otro así como más casual… Sólo cambiaríamos los complementos. ¡Y serían los tres unisex! ¡Me encanta! ¿Qué dices?

Robyn resopló y puso los ojos en blanco, pero permitió que una sonrisa se extendiese por sus rasgos, habitualmente huraños.

—Vaaaaaale —accedió por fin. Alargó mucho la «a» para dejar claro que lo hacía casi, sólo casi, contra su voluntad.

—Deberías agradecerle que no te haya obligado a hacerlo —comentó Olaf alegre—. Sabes que podría haberlo hecho.

—Eso es verdad —aceptó Robyn dejándose caer en una silla junto al muchacho y chocando los cinco con él.

—¡Venga ya! También sabéis que nunca lo haría. Nunca utilizaría mi poder para… ya sabéis… para manipularos… En serio. —La mirada de Yun viajó hasta el suelo y su voz se entristeció, lo que hizo que se convirtiera en apenas un murmullo—. Yo sí os considero mis

amigos…

—Pero porque no tienes ningún otro… —replicó Robyn. Se arrepintió enseguida de permitir de nuevo que su lengua fuese más veloz que su cerebro. Era algo que le pasaba con demasiada frecuencia —. Ni nosotros dos tampoco, ya que nos ponemos —añadió en un intento por arreglar su antipático comentario—, así que supongo que tú y yo sí somos amigas.

Yun alzó la mirada y sonrió satisfecha.

El Director Lennon hizo un gesto de incredulidad, aquella muchacha era capaz de salirse con la suya incluso sin utilizar sus poderes. Tenía carisma; sin embargo, por sí solo no parecía suficiente para convertirla en la líder natural de aquel equipo, papel que él había creído que Yun podría desempeñar sin problemas. Era demasiado individualista y vanidosa para que los otros dos la siguiesen sin cuestionarla.

En la sala contigua, el Director estiró el brazo hasta el cuadro de mandos y bajó el volumen de los altavoces.

—¿Lo ves, Brown? Al final siempre lo arreglan.

—Si a eso considera usted «arreglarlo»… Sigo pensando que no están preparados… Les falta… No sé, algo.

—Lo sé, pero lo encontraremos, no te preocupes. Lo encontraremos.

O, al menos, eso esperaba. De lo contrario, todos sus años de trabajo no habrían servido de nada.

2
LA HISTORIA DE YUN

Lennon entró en la habitación. Apenas unos minutos antes, las dos adolescentes habían estado discutiendo como si les fuese la vida en ello. No obstante, en aquel momento ambas tenían la mirada fija en un papel sobre el que Yun estaba dibujando algo mientras Olaf se asomaba por encima del hombro de Robyn. Se les veía concentrados, charlando sobre la ropa y los complementos que utilizarían en la grabación del vídeo para las redes sociales de Yun. Los tres se escuchaban antes de participar y permitían que sus otros dos compañeros expresasen su opinión sin interrupciones y sin sentirse juzgados. Era algo inaudito verlos tan compenetrados.

Al Director le pareció que toda la escena resultaba increíble para alguien que conociese a los tres y no pudo evitar que sus cejas se alzasen por la sorpresa. Le parecía muy irónico que sólo fuesen capaces de ponerse de acuerdo en algo que a él le parecía tan irrelevante. Sin embargo, si lo miraba por el lado bueno, aquello era la prueba de que, tal y como él pensaba, Yun, Robyn y Olaf *sí* eran capaces de ponerse de acuerdo en algo, ahora sólo necesitaba que lo hiciesen en lo que de verdad era importante: pararle los pies a Mordred. Aun con ese pensamiento en la cabeza, se sintió algo culpable por interrumpirlos en uno de los escasos momentos del día en el que podían descansar y ser ellos mismos, ya que entre las clases en el instituto de la ciudad y los duros entrenamientos a los que los sometía, apenas les quedaba tiempo libre.

La Agente Brown tenía razón, a aquel grupo le faltaba algo para ser perfecto. Y Lennon sabía con exactitud lo que era: un líder. Había

pensado que Yun podría desempeñar ese papel… Y se había equivocado de manera estrepitosa. Entre los motivos que le habían llevado a creerlo, se encontraban su edad —era la mayor de los tres—, su inteligencia, su carisma y su sentido del humor, pero la chica había resultado ser toda una individualista. Trabajaba mejor sola que en equipo, como no paraba de demostrar una y otra vez.

Una sonrisa sesgada se dibujó en su rostro al recordar cómo la había conocido. Hacía un par de años se había plantado en la puerta del complejo supersecreto de la Organización y había pedido hablar con el responsable. Así, sin más. Yun había conseguido no sólo descubrir la existencia de la Organización, algo que muy pocas personas en el mundo sabían, sino que además había dado con la dirección exacta de la misma, algo que todavía menos personas en el mundo conocían.

Y todo por sus propios medios.

Y, a pesar de los intentos de los guardias por detenerla, consiguió llegar a la puerta del despacho del Director Lennon, situado en los sótanos secretos del complejo y, por supuesto, entrar.

Sin despeinarse siquiera.

Desde el momento en el que puso un pie en la Organización, Lennon había estado vigilándola por el circuito de cámaras que recorría y controlaba todo el edificio, lo que ayudó a que éste tomara una decisión antes de que ella llamase a su puerta. Las imágenes mostraban cómo, en cada ocasión en la que uno de los agentes intentaba detenerla en alguno de los pasillos —también blancos, como todo allí—, ella decía algo. A continuación, y de manera automática, el otro daba media vuelta y se largaba por donde había venido sin molestarla más.

Cuando Yun abrió la puerta de su oficina, Lennon ya tenía su primera pregunta preparada.

—¿Qué les has dicho?

—Nada, que no me molestasen —confesó ella con un encogimiento de hombros—, que tenía que hablar con usted.

Dicho esto, se dejó caer en una de las sillas situadas frente a la mesa

del Director Lennon sin que mediase invitación por parte del hombre, sorprendido por la seguridad de aquella chica.

—Entiendo. ¿Puedes hacerlo en cualquier situación?

—¿El qué? ¿Conseguir que no me molesten? —preguntó mientras leía la placa con el nombre «Director Lennon» que había sobre la mesa. No es que tuviese dudas, pero nunca estaba de más comprobar que estuviese hablando con la persona correcta—. Claro, si no, ¿cómo iba a poder ir yo por la calle con los millones de seguidores que tengo en mis redes sociales?

—No. Conseguir que la gente haga lo que quieres que hagan con sólo decírselo.

—Ah, eso… Pues sí, casi siempre. No sé por qué, pero hay algunas personas que son inmunes… Un verdadero fastidio.

—Ajá… —Lennon meditó durante unos instantes. A continuación, abrió un archivo en su ordenador y clavó su mirada en la joven— Según mis datos, eres Zheng Yun, heredera de Zheng Shih, la reina pirata… Tus padres murieron en un accidente de tráfico el año pasado… Siento tu pérdida —Lennon hizo una breve pausa de cortesía antes de añadir—. Tras eso, heredaste sus empresas de tecnología y toda su fortuna… ¿Me he dejado algo?

—Sí, que soy un genio, estoy entrenada en artes marciales y, además, soy muy guapa, como puede ver. —El gesto de la joven se había endurecido al mencionar Lennon la muerte de sus padres. El director tomó buena nota de ello.

—Eso último no es relevante para lo que aquí estamos tratando. ¿Por qué has venido?

—Porque quiero trabajar con usted. Quiero formar parte de su equipo especial. Sé que ya cuenta con dos y lleva tiempo vigilando a una tercera; no obstante, no he conseguido la identidad de dicha persona… Algo bastante extraño si consideramos que he dado con todo este… —alzó el dedo índice y lo giró sobre su cabeza señalando a su entorno— este complejo supersecreto. Y he averiguado todo lo que aquí se hace.

—Esa tercera está muy por encima de ti y de mí. Una vez desarrolle sus poderes, será la mejor.

—Ya veremos.

—Me conformaré con que seas la mitad de buena que ella.

—¿Eso es un sí? —Lennon asintió sin que se moviese un sólo músculo de su rostro—. Bien. Por supuesto, mis capacidades y la mayor parte de mi fortuna estarán a su disposición. Tengo más dinero del que puedo gastar en una sola vida, mis empresas siguen dando muchísima pasta todos los años y ésta me parece una buena manera de invertirlo.

—Esto no es una inversión. No vas a obtener beneficios.

—Lo sé… Llamémoslo entonces donación.

—Tendrás que trabajar duro: ir a clase en el instituto, estudiar y entrenar a diario. Además, bajo ningún concepto, puedes decir nada de esto —imitó el gesto de ella señalando a su alrededor con un dedo alzado— en tus redes sociales.

—Hecho.

Y ya llevaba dos años allí. Dos años en los que había logrado entrenarla para que supiese protegerse y habían trabajado para mejorar el control de su poder de persuasión.

Y ahora estaban muy cerca de ponerlo a prueba en su primera misión real.

Lennon sólo esperaba no estar mandando a Yun, Robyn y Olaf al encuentro de una muerte prematura.

3
LA ORGANIZACIÓN

El Director carraspeó para llamar la atención del Lennon estaba en la misma habitación que ellos, las dos jóvenes, que continuaban con la mirada fija en el papel que había sobre la mesa, se pusieron en pie.

—No, no es necesario que os levantéis, tomad asiento. Tú también, Olaf —dijo Lennon al ver que el chico lo miraba confuso. Él ya estaba en pie cuando el Director había entrado y ahora no sabía si lo de sentarse lo incluía. Lennon sonrió.

En ocasiones, Olaf podía parecer algo lento, pero, en realidad, de lento tenía entre poco y nada.

En ocasiones, la bondad se confundía con estupidez.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó Robyn.

A sus trece años, Robyn era la que más tiempo llevaba al cargo del Director Lennon. La había encontrado hacía cinco años en las calles de Londres, donde llevaba sobreviviendo desde la edad de seis años, cuando se había escapado del orfanato en el que la habían abandonado. La vida que había llevado en las calles, sin un hogar en el que refugiarse, sin el cariño de unos padres, siempre escondiéndose, siempre huyendo, siempre con hambre, la había endurecido. Lennon esperaba que poco a poco fuese abriéndose a sus compañeros, no obstante, a la niña le estaba costando más de lo que el Director había previsto cuando la había encontrado. Sin embargo, Robyn sentía verdadera adoración por Lennon y era su mano derecha. Siempre dispuesta a obedecer las órdenes del único adulto que se había preocupado por ella y le había proporcionado un lugar donde vivir.

En ocasiones, el amor que le profesaba Robyn conseguía que Lennon

sintiese de nuevo algo muy parecido a la culpabilidad, ya que había corrido el rumor de que sólo la había rescatado porque, a los ocho años, Robyn era no sólo una experta ladronzuela cuyas víctimas ni siquiera advertían su presencia, sino que, además, manejaba cualquier arma arrojadiza con mucha destreza y poseía una habilidad extraordinaria con el arco; enviaba sus flechas a donde su voluntad quería sin siquiera apuntar. Era digna heredera de su antecesor, Robin de Locksley, más conocido como Robin Hood.

Lennon la había sacado de las calles para convertirla en una soldado a sus órdenes.

—Sí, algo sucede, Robyn —confirmó el hombre, sentándose a la cabecera de la mesa—. Brown, proyector —pidió al aire.

Del techo de la habitación descendieron una pantalla y, a unos metros y frente a ella, una plataforma que sostenía un moderno proyector. Por lo general, los niños lo utilizaban para ver películas o series en sus momentos de ocio, pero aquel día iba a cumplir una función muy diferente.

Tras unos instantes de espera, en la enorme pantalla apareció la fotografía de un hombre. Era delgado, alto, de unos cuarenta años. En la imagen aparecía vestido de manera elegante con un traje que parecía hecho a medida y portaba un bastón con un cabezal tallado en plata con forma de cabeza de lobo. Su rostro fino, alargado, y su nariz aguileña, le daban un aire de distinción que se desmoronaba al fijarse uno en sus ojos: oscuros, profundos y antiguos, dejaban poco lugar a la simpatía.

—¿Ése quién es? —preguntó Yun—. Da bastante mal rollo.

—Sí, no me gustaría cruzarme con él por la noche —aseguró Olaf.

—Ese hombre es vuestra primera y, con mucha probabilidad, más importante misión. —Lennon miraba la imagen con fijeza—. Se llama Mordred…

—No me diga más —interrumpió Yun—. Heredero del Mordred Artúrico, el hijo ilegítimo del rey Arturo y todo eso…

Sus compañeros la miraron, Olaf con sorpresa y Robyn con gesto de fastidio. No tenían ni idea de quién era Mordred, era la primera vez que escuchaban aquel nombre y, una vez más, Yun era la excepción a

la regla. De nuevo y con tan sólo una frase, demostraba sus amplios conocimientos sobre cualquier tema.

—No es el heredero —aclaró Lennon—, es el hijo ilegítimo del rey Arturo.

—Pero… entonces tiene más de novecientos años… —murmuró la joven—. Eso no es posible.

—Para ser exactos, tiene entre novecientos y mil setecientos años, si a eso se le puede llamar exactitud, claro. Todavía no ha sido posible datar el reinado de Arturo con precisión… —explicó el Director—. Lo que sí sabemos con seguridad es que es él.

—Pues para tener esa edad, se conserva muy bien —comentó Olaf con una risa tímida.

—Según el mito, Mordred bebió del Santo Grial y se cree que después lo destruyó —dijo Yun, mirando con mayor interés la

fotografía de la pantalla—. Y si ese tipo es de verdad Mordred, entonces es la prueba de que el Grial existe… O, por lo menos, existió.

—El Santo Grial no es importante para esta misión —dijo Lennon, haciendo un movimiento de la mano como para evaporar la idea de la reliquia sagrada—. El objetivo es otro. Hemos sabido que Mordred se ha puesto en marcha de nuevo… Y lo que quiere es reunir ciertos objetos que lo ayudarán a gobernar el mundo, lo que, por cierto, él cree que es su derecho.

»La leyenda cuenta que el rey Arturo estaba llamado a unir todos los pueblos, no obstante, Mordred lo mató en la batalla de Camlann… Y como heredero de Arturo, cree que el gobierno del mundo es su legítimo derecho. Tenemos que impedirlo cueste lo que cueste. Con esos objetos mágicos, nadie, ningún país, ningún ejército, podrá hacer frente a su poder y conseguirá su objetivo de proclamarse único gobernador de este planeta. Todos estaremos a su merced.

—¿Y dónde ha estado metido todo este tiempo? —preguntó Olaf.

El Director Lennon se encogió de hombros antes de continuar.

—No lo sabemos —suspiró—. Mi padre creía que llevaba todo ese tiempo buscando objetos de poder por todo el mundo… sin mucho éxito… Hasta que llegó a la Organización, claro. Lo único que sabemos es que ha vuelto a aparecer y debemos detenerlo.

—¡Lo haremos, Director, no se preocupe! —exclamó Robyn poniéndose en pie.

—Pero ¿a dónde vas tú tan rápido? —Yun cogió a la niña de la manga de la chaqueta y la obligó a sentarse de nuevo—. Si no sabemos ni a dónde tenemos que ir.

—Ah, es verdad… ¡Pues díganos lo que tenemos que hacer y lo haremos, Director, no se preocupe! —Yun puso los ojos en blanco y resopló—. ¿Qué? ¿Qué pasa ahora?

—Yun tiene razón, Robyn. Necesitáis algo más que una fotografía de este hombre para saber a lo que os vais a enfrentar —dijo el Director —. Y va a ser muy difícil, Mordred es peligroso. Mucho. Es uno de los magos más poderosos de los que se tiene noticia. Mi padre ya trató de detenerlo… Y lo único que consiguió fue que él se escondiese tan bien que le fue imposible encontrarlo… hasta hoy. Y no lo hemos

encontrado nosotros… Ha aparecido él.

Lennon volvió a suspirar.

Había llegado la hora de contarles la historia de la organización para la que habían sido reclutados.

Lennon les contó que la Organización había sido fundada por su abuelo, el Director Lennon, durante la primera mitad del siglo pasado.

Bajo su mando, había eliminado varias amenazas para la humanidad —algunas de origen terrestre; otras, extraterrestre; unas, naturales; otras, sobrenaturales— hasta cederle la dirección de la misma a su hijo, el Director Lennon.

Sí, explicó a los muchachos, los tres tenían el mismo nombre.

No obstante, el objetivo de su padre, desde que había dado con él, había sido Mordred; lo había descubierto por casualidad gracias a una antigua fotografía anterior a la Primera Guerra Mundial.

Mordred había sido uno de sus mejores agentes; sin embargo, como el Director Lennon fue averiguando poco a poco, con el paso del tiempo, todo lo que habían creído saber sobre él era mentira. Hasta su nombre: Briac Aval. Había creado una identidad falsa para infiltrarse en la Organización con el fin de encontrar objetos que lo llevarían a cumplir su misión de dominar el mundo. Al fin y al cabo, en la Organización se manejaba información (toda clasificada) sobre multitud de artefactos mágicos, en ocasiones localizados, a veces perdidos. En ocasiones con descripciones detalladas y exactas, a veces meras menciones.

La Organización en aquella época, igual que ahora, era secreta. Nadie fuera de unos pocos elegidos y los empleados de la misma conocía su existencia, y sus archivos contaban con toneladas de información sobre artefactos y seres que podrían resultarle muy útiles a Mordred para sus oscuros fines. Por eso había decidido infiltrarse en ella e ir escalando posiciones con paciencia y determinación, posiciones que le permitirían acceder a cada vez más documentos, cada vez más secretos, en los que esperaba hallar lo que buscaba.

Hasta que, por fin, dio con ello.

La Organización había sido una de las sociedades más poderosas y exitosas de su época. Recibían financiación de manera encubierta de la mayor parte de los países para el desempeño de su importante labor, por lo que contaban con las instalaciones y los equipamientos más vanguardistas, así como con los herederos más poderosos. Contaban con fondos suficientes para disponer de todo un equipo de diez personas que se dedicaban en exclusiva a buscarlos por todos los rincones del planeta y a reclutarlos.

Cuando el Director Lennon —padre—consiguió descubrir la verdad sobre su agente, ya era demasiado tarde. Mordred… o Briac Aval —su padre nunca se acostumbró a llamarlo por su nombre real y siguió llamándolo Briac hasta el último día de su vida—, ya había conseguido huir… Y se había llevado con él toda la información que necesitaba para cumplir su sueño: unir a todos los países en uno sólo y gobernarlo como único y legítimo Rey de toda la especie humana.

El Director Lennon —padre— dedicó largos años a dar con el paradero de Mordred mientras la Organización continuaba cumpliendo misiones, eliminando amenazas sobrenaturales, parándole los pies a todo aquél o aquello que supusiese un riesgo… Tan exhaustivos fueron que, poco a poco, fueron quedándose sin trabajo. Se podría decir que la Organización murió de éxito.

«Su labor ya no es necesaria, han desaparecido todas las amenazas», se excusaron los países que la financiaban.

«Están locos», replicó el Director Lennon padre.

Poco a poco, los miembros fueron retirando los fondos. La poderosa Organización, que siempre había ido a la cabeza en tecnología e instalaciones, fue cayendo en la más absoluta decadencia hasta casi desaparecer.

El Director Lennon —padre— falleció lleno de amargura al ver la obra de su vida desintegrarse ante sus ojos.

Sólo el heredero del Director Lennon —padre—, el actual Director Lennon, jefe de la Organización, había mantenido viva la lucha. Con una financiación paupérrima y sin apenas credibilidad había continuado la labor que había comenzado su abuelo, el Director Lennon, y había hecho suya la misión de su padre, el Director Lennon,

de dar con Mordred y evitar que llevase a cabo sus malvados planes.

4
LA MISIÓN

—¿En su familia todos se llaman Director Lennon? —preguntó Olaf cuando Lennon hubo puesto fin a su narración.

—Sí —replicó él.

—¿Usted tiene hijos? —quiso saber Robyn.

—No.

—Si tuviese uno, ¿le pondría Director de nombre? —Yun lucía una sonrisa irónica en sus labios.

—Por supuesto. Es una tradición familiar.

—¿Y si fuese niña? —Olaf tenía una genuina expresión de curiosidad en su rostro sólido, casi cuadrado.

—Entonces la llamaría Directora —dijo el hombre, que empezaba a cansarse de las preguntas de sus pupilos—. Venga, continuemos.

—Entonces, si fuese niña… —comenzó Robyn.

—No, no me has entendido, continuemos con la misión —la interrumpió él.

Yun, Robyn y Olaf enmudecieron. Ni siquiera habían pensado en la misión. Por primera vez Lennon les había contado algo sobre su vida personal… Aunque ese algo estuviese en directa relación con la Organización. Estaban tan intrigados por el pasado de su maestro que habían borrado de su mente todo lo referente al motivo por el que les había reunido el Director.

—Ah, claro, cierto. La misión. —Yun fue la primera en centrarse—. Algo me dice que tenemos que impedir que ese tal Mordred cumpla su objetivo… Tenemos que enfrentarnos a él.

—No, Yun, no creo que estéis preparados todavía para enfrentaros a

él. Es un mago demasiado poderoso. Aprendió de uno de los más famosos de la historia: Merlín… No. Lo que quiero es que os adelantéis a él. Tenéis que recuperar la magatama roja.

—Ajá… —murmuró Olaf—. Y eso, exactamente…, ¿qué es?

—Una piedra de jaspe rojo que encierra en su interior el poder del primer gashadokuro —replicó Lennon.

Los tres guardaron silencio esperando a que el Director dijese algo más.

No lo hizo.

—Bien, pero ¿qué es eso? —preguntó de nuevo Olaf—. Me refiero a qué es una *magalamata* de ésas y el *gasha-no-sé-cuantitos*.

En la pantalla apareció una fotografía nueva: estaba dividida en dos. En una mitad había una piedra roja en forma de judía. Por la imagen no se podía saber el tamaño exacto. En la otra mitad, un dibujo de estilo oriental que representaba a una mujer junto a un esqueleto enorme.

—Esto es una magatama —dijo el Director, señalando la gema con un puntero láser que ninguno supo de dónde había salido—. Se trata de joyas talladas en piedras como el jade, el jaspe, el cuarzo o el talco. La que nos interesa es de jaspe rojo y mide unos siete centímetros. Surgieron en Japón durante la era Jōmon, pero eso no es relevante para esta misión. Esto otro —señaló la ilustración del esqueleto— es la representación de un gashadokuro. Esa palabra se traduce como «esqueleto hambriento» y es una criatura que pertenece al folclore japonés. En teoría es un tipo de *yōkai*, demonios o espíritus. Los gashadokuros se forman a partir de los espíritus de personas que murieron en el campo de batalla. Es el rencor y el odio de sus corazones los que consiguen que vuelvan a levantarse.

Olaf emitió un silbido de admiración.

—Pues sí que hay que estar enfadado con el mundo —comentó—. De cualquier manera, no entiendo muy bien para qué querría ese tal Mordred esta piedra…

—A eso iba antes de que me interrumpieras, Olaf —el Director Lennon resopló con fastidió—. Ésa es la leyenda, el mito, si prefieres

llamarlo así. Lo que esta piedra hace en realidad es alzar de nuevo el espíritu de cualquier persona que haya fallecido de manera violenta y convertirlo en un esqueleto gigante… Y, creedme, los cementerios están llenos de seres humanos que han fallecido de manera violenta. Con ella, Mordred pretende construir un ejército que elimine cualquier resistencia contra él. Un ejército de esqueletos inmortales.

—Un ejército, además, muy barato y eficaz —añadió Yun pensativa —, puesto que no necesitan comer, descansar o recibir un salario a cambio de sus servicios…

—Eso es casi exacto —aceptó Lennon. La adolescente había dado en el clavo enseguida, si bien era algo que ya no lo sorprendía. Yun había demostrado en muchas ocasiones su inteligencia y su velocidad mental. Tenía una capacidad casi sobrehumana para dar en el clavo—. Y digo «casi» porque a pesar de que, como has dicho, no necesitan comer, este ejército sí se alimenta.

—¿Y de qué se alimentan? —preguntó Robyn para quien la comida era algo sagrado. No se veía haciendo nada que requiriese un mínimo esfuerzo si no era con la tripa bien llena. La niña había pasado mucha hambre durante la época en la que había vivido en las calles londinenses.

—De otras vidas —replicó Lennon con voz lúgubre—. Imaginaos, un ejército que no necesita otra cosa que seguir matando para subsistir. Y aquellos a los que mate, se unirán a ese mismo ejército… ¿Entendéis lo que se propone hacer Mordred?

—También es un ejército que no necesita transporte —apuntó Yun en dirección a sus compañeros—. Puede crear uno nuevo en cualquier lugar al que vaya. En todas partes hay personas que han fallecido así… ¿Da igual cuándo hayan muerto? —preguntó al Director Lennon.

—Sí, Yun, da igual, el sujeto puede haber fallecido ayer o hace diez siglos. Si al morir sintió odio o rencor por quien lo mató, su espíritu se alzará y se convertirá en un esqueleto gigante… Por supuesto, nadie que haya muerto por causas naturales se alzaría de nuevo… De lo contrario, estaríamos perdidos.

—Vale, pues muy bien, pues no queda otra que conseguir la *malagatalaca* antes que el tipo ese —zanjó Olaf—. ¿Dónde está?

—Magatama —corrigió Lennon—. Se encuentra en Japón. Al norte. En un área montañosa de la isla de Hokkaido. Se trata de una zona poco poblada, por lo que no os será muy difícil haceros con la joya, pero nuestros informes dicen que Mordred ya se ha puesto en marcha… Eso sí, él desconoce su ubicación exacta.

—¿Y por qué nosotros sí la sabemos? —quiso saber Robyn.

—Si os lo dijese tendría que mataros… Y eso, como comprenderás, no me viene bien ahora mismo —replicó Lennon.

Lo que no iba a contarles era que, nada más conocer las intenciones de Mordred y cuál era su objetivo, él había contactado con Amanda Black. Pero ésta se encontraba en una de sus misiones, por lo que, en aquella ocasión, no podría prestarles su apoyo. No obstante, sí le había proporcionado la información que le había pedido: la localización de la magatama, ya que la Organización sólo contaba en sus archivos con la descripción de la piedra y el poder que poseía.

La niña, a punto de cumplir catorce años, habría sido un fichaje excepcional para el grupo de herederos, la líder que les faltaba. Era la heredera de un antiguo culto a la diosa egipcia Maat que se dedicaba a sacar de la circulación objetos peligrosos para la humanidad, pero Amanda se había negado en redondo a trabajar con ellos con la excusa de que trabajaba sola… Y Lennon no podía culparla. La Organización, después de haber estado vigilándola durante un tiempo, había intentado secuestrarla y utilizar su sangre para crear más reclutas con sus poderes. Amanda era un prodigio de fuerza, velocidad y agilidad, y su compañero, Eric, un auténtico genio de los ordenadores, el complemento perfecto a esas habilidades que continuaban creciendo día a día. Por supuesto, el Director le había devuelto los viales de sangre que le habían extraído y se había disculpado en su nombre y en el de la Organización. Amanda, superando todas sus reticencias, había demostrado no sólo su valía como heredera, sino también cuáles eran sus prioridades, ya que aceptó sus disculpas y le ofreció su ayuda en casos extremos. La única condición que había puesto era que mantuviese su nombre en secreto. Sólo su círculo más estrecho sabía a qué se dedicaba Amanda Black en realidad.

El Director consideraba aquella primera misión del grupo de

herederos un caso extremo. La necesitaban, ¡vaya si la necesitaban! Pero tendrían que hacerlo sin ella. Una pena si consideraba que los tres niños que lo miraban con atención en aquellos momentos compartían, sin saberlo, aulas con Amanda. Pero, de momento, parecía que no iban a coincidir con ella fuera del instituto.

5
UN VUELO

Los tres habían volado hasta Japón en uno de los aviones de la Organización. Lo había desarrollado y construido una pequeña división secreta perteneciente a una de las empresas propiedad de los padres de Yun que la joven había heredado al fallecer éstos. En esa pequeña división, cuya sede se encontraba, cómo no, en los terrenos de la Organización, Yun se dedicaba a desarrollar… su imaginación, por así decirlo.

Se trataba de un moderno aparato con la capacidad de aterrizar y despegar en vertical que, además, podía camuflarse con el entorno. La idea se la había dado el Director Lennon, pero Yun no tenía ni idea de dónde la había sacado. Le parecía demasiado original para la mente militar y cuadriculada del hombre. La joven continuaba trabajando en la velocidad, algo escasa para su gusto, y en el camuflaje, que no era todo lo perfecto que a ella le hubiese gustado, pero, de momento, tendrían que apañarse con lo que había.

Les había costado encontrar un lugar donde aterrizar, ya que querían hacerlo lo más cerca posible del templo en el que se encontraba la magatama.

—Aquí no cabe —dijo Robyn—. Este claro es demasiado pequeño.

—Claro que cabe.

—Yo creo que no —apostilló Olaf mirando por la ventanilla que quedaba a su derecha—. En serio, esos árboles están muy cerca…

—Pero ¿quién está pilotando? ¿Vosotros o yo? —replicó Yun con fastidio—. Aquí cabe y punto. No pienso caminar por este bosque más de lo imprescindible. Se me van a estropear las botas.

Tras tres intentos de aterrizaje, Yun por fin dio la maniobra por finalizada. Sólo había derribado cuatro árboles y, según ella, los arañazos en el exterior del avión eran casi imperceptibles.

—¿Veis como cabía? —preguntó a sus compañeros con gesto satisfecho, mientras salía de la aeronave.

—Aquí has abollado el avión —señaló Robyn intentando disimular una sonrisa—. Y aquí has levantado la pintura.

—Detalles sin importancia. La cuestión es que he aterrizado y estamos a un paseo de apenas treinta minutos del templo —zanjó, apretando el botón del mando a distancia que cerraba la puerta y ponía en marcha el camuflaje.

Robyn y Olaf se miraron y alzaron las cejas a la vez. Al fin y al cabo, el avión era de Yun… Y le tocaría arreglarlo a ella. ¿Qué más les daba?

Yun se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia los árboles.

—¡Cuid…! —intentó avisarla Olaf, pero ya era demasiado tarde: la chica había metido el pie en un charco y su bota había quedado cubierta por un lodo espeso hasta el tobillo.

—¿Qué decías de tus botas? —preguntó Robyn con gesto de triunfo en su rostro.

Yun resopló. En su interior estaba teniendo lugar una batalla encarnecida y muy muy sangrienta. En un bando se encontraban sus ganas de enzarzarse en una pelea con Robyn; en el otro, sus ganas de que todo fuese bien durante la misión. Finalmente, ganó el segundo bando y dejó pasar el comentario de su compañera. De hecho, sonrió.

—Bueno, por lo menos no tendremos que andar mucho rato… Y esto me da una excusa para ir de compras cuando volvamos —comentó por fin encogiéndose de hombros—. Vamos, acabemos con esto cuanto antes.

—Creo que te has pasado —murmuró Olaf al oído de Robyn—. Ella sólo pretendía ahorrarnos una caminata.

Fue el turno de Robyn de resoplar… y de disculparse. Olaf tenía razón, su comentario había sido, de nuevo, desagradable. No entendía qué le pasaba con Yun. Siempre intentaba ayudarlos con las tareas del instituto y continuamente proponía cosas que hacer los tres juntos.

Aun así, había algo en ella que a Robyn se le atravesaba, tal vez su optimismo y su seguridad, no lo sabía. No obstante, tendría que pensar sobre ello en otro momento, ahora necesitaba centrarse en la misión.

—Vale, lo siento… —comenzó—. No tendría que haber hecho ese comentario sobre tus botas… En realidad, creo que podrás limpiarlas con un paño húmedo y quedarán como nuevas…

—Ya lo sé, no te preocupes. —Yun hizo un gesto con la mano intentando restarle importancia a lo sucedido.

—¿En serio no te has enfadado? —insistió Robyn.

—Sé que no tenías mala intención, no le des más vueltas. Te quiero centrada en la misión, necesito que me cubras la espalda con tus flechas.

—Eso está hecho —aceptó la niña.

Los tres emprendieron la marcha entre los milenarios árboles de aquel bosque. Yun iba en cabeza con un pequeño dispositivo en la mano que le iba indicando la dirección que tenían que tomar en cada momento. El aparato, también invención de Yun, leía el terreno y devolvía los datos con la ruta menos peligrosa hasta el destino final. Evitaba pozos ocultos, obstáculos imprevistos, zonas pobladas o autovías de pago por igual. Sólo era necesario introducir los parámetros de aquello que se quería evitar y el aparato buscaba el camino más corto y seguro.

Tal y como había previsto Yun, alcanzaron el templo en unos treinta minutos de paseo y, sobre todo, lo hicieron sin más incidentes… Lo que tampoco consiguió que no discutiesen más.

—Entra tú primero —pidió Robyn a su compañera cuando se encontraron ante el arco de entrada.

En medio del bosque se abría un pequeño claro. Los tres se habían detenido ante un arco de madera pintada de un rojo que hacía mucho tiempo, quizá siglos, debía de haber sido muy brillante e intenso, pero en la actualidad apenas se podía adivinar tras años y años de dejadez y lluvia cayendo sobre él. Tras el arco, había un pequeño edificio de piedra invadido por la maleza y el musgo, coronado por un techo curvo de madera que no les inspiraba mucha seguridad. La estructura

parecía a punto de venirse abajo en cualquier momento. Todo el lugar daba sensación de abandono y soledad. Estaban seguros de que hacía cientos de años que había desaparecido de la faz de la tierra la última persona que aún guardaba en su interior recuerdos de aquel edificio.

Había sido olvidado, condenado a derrumbarse en medio de un bosque antiguo con el paso del tiempo, sin que nadie se diese cuenta, sin que nadie le echase de menos.

—Esto no es un templo —comenzó a explicar Yun—, esto es un santuario. Mirad, hay un arco de entrada, se llama *torii* y…

—Pero ¡qué más da lo que sea! —la interrumpió Robyn—. ¿Siempre tienes que ser tan listilla?

—¿Y tú siempre tienes que ser tan impaciente? —replicó la otra a la velocidad de un Fórmula 1.

Olaf guardaba silencio unos pasos por detrás de sus dos compañeras, intentando mantenerse al margen de aquella nueva discusión.

—El Director Lennon ha dicho que nos hiciésemos con la joya esa y regresásemos…

—Lennon ha dicho… Lennon ha dicho… —se burló Yun poniendo una voz muy aguda—. No entiendo que lo quieras tanto si lo único para lo que nos quiere él es para que le hagamos el trabajo sucio…

—¡No digas eso!

—Es que es verdad, Robyn… ¡Es verdad!

Robyn se lanzó contra Yun con los puños alzados, pero antes de que pudiese alcanzarla, sintió una presa en torno a ella que le impidió continuar avanzando.

—¡Suéltame, Olaf! —La niña pataleó en el aire con frustración y le tiró el arco a Yun, que lo esquivó con dificultad a la vez que pensaba que era cierto que aquella muchacha tenía una puntería prodigiosa.

—Cuando dejes de gritar y patalear —dijo el chico con tranquilidad —. No voy a permitir que os peleéis más. Y Yun —continuó en dirección a la otra—, vale ya. No le digas eso… Sabes que su caso es diferente al nuestro.

—Está bien —rezongó Yun—, siento haberte dicho que Lennon sólo nos quiere para que le hagamos el trabajo sucio.

Robyn se tranquilizó y Olaf pudo soltar su abrazo de oso. Miró a la niña con ternura y negó un par de veces con la cabeza antes de encaminarse en dirección al santuario dejando atrás a su compañera. No había dado ni tres pasos cuando Robyn volvió a llamarlo:

—Espera, Olaf… —Dudó antes de continuar hablando. El muchacho se detuvo y esperó con paciencia, el cuerpo vuelto hacia ella—. ¿Tú también crees que Lennon nos utiliza?

Olaf suspiró y no pudo evitar sentir un poco de compasión por ella. Se giró del todo para mirarla de frente antes de hablar.

—Sí, también lo creo…—confesó. El chico se dio cuenta de que Robyn estaba al borde de las lágrimas, por lo que se apresuró a añadir algo más—: También pienso que tiene sus motivos y que en el fondo se preocupa por nosotros… Mira, Robyn, sabemos que Lennon te sacó de la calle cuando todavía eras una niña, te dio un hogar y comida y todo eso. También sabemos que nosotros dos elegimos estar aquí, pero al elegirlo, sabíamos cuáles eran las condiciones del… ¿contrato? ¿Podemos llamarlo «contrato»?

—Sí, yo creo que sí —confirmó Yun.

—Lennon no es nuestro padre —continuó Olaf—, no es nuestro amigo… Tan sólo es nuestro jefe.

—Pero yo…

Fue el turno de Yun de intervenir:

—Tú lo quieres —aseguró la joven—. Y eso no es malo. De hecho, es muy bueno… Además de ser normal. Lo has pasado muy mal y que todavía seas capaz de querer a alguien lo único que confirma es que eres mucho más fuerte que tus circunstancias. Pero no quiero que te haga daño. Ni él ni nadie. No lo voy a permitir. Si te lo hace, que sepas que me va a dar igual que lo quieras… Y, ahora, vamos, démonos prisa. Dentro de poco se hará de noche y no quiero tener que dormir en este lugar. Seguro que está lleno de insectos —zanjó cruzando el arco que llevaba al santuario.

Olaf siguió sus pasos dejando a su espalda a una Robyn que luchaba por poder cerrar la boca tras las palabras de su compañera. Yun acababa de confesarle que se preocupaba por ella y que le pararía los pies a cualquiera que quisiera hacerle daño. Aunque ese cualquiera fuese el mismísimo Director Lennon.

Aquello era lo más cerca que había estado la niña de escuchar un «te quiero» en toda su vida.

Su opinión sobre Yun acababa de dar un giro radical. Se prometió intentar ser más amable con ella.

Corrió para alcanzar a sus compañeros, que forcejeaban con la gruesa puerta de madera del santuario. Tras varios empujones, por fin se abrió.

El movimiento fue acompañado por un chirrido muy similar al aullido de un animal herido en medio de la noche.

Los tres se estremecieron ante aquel sonido.

Intentaron vislumbrar el interior del edificio, pero allí sólo había oscuridad.

A pesar de la negrura que se extendía frente a ellos, enseguida se dieron cuenta de que no estaban solos.

6
UNA HECHICERA

Esperaron varios segundos a la entrada del santuario, temerosos de poner un pie en aquella penumbra lúgubre hasta que a Olaf se le ocurrió algo.

—Estooo, a lo mejor podríamos encender las linternas… —propuso.

Yun y Robyn se miraron entre sí, lamentando haber sido tan idiotas como para olvidar las linternas que llevaban en las mochilas.

Los tres focos se encendieron y apuntaron hacia el interior del edificio, más o menos a la vez. En el charco de luz que se formó, vieron la figura de una joven. Se encontraba sentada al fondo del santuario, sobre unos escalones de madera, los codos apoyados en las rodillas y el rostro apoyado en las manos.

Parecía estar esperándolos.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Yun a la joven.

La otra se limitó a levantar una de sus finas cejas sin poner en movimiento ningún otro músculo. Sus labios, curvados en una sonrisa que sólo alcanzaba una de las comisuras y la cabeza ladeada, les dejaron claro a los tres compañeros que su estelar y poco discreta aparición a través del bosque no había sorprendido a aquella extraña en absoluto.

Olaf la miraba fascinado. Todo en ella le resultaba interesante: la camiseta de Bathory, una de sus bandas de *viking metal* favoritas; su cabello, rubio, casi plateado, cortado al uno en uno de sus laterales y largo hasta la barbilla en el otro, cayendo sobre su ojo derecho; los vaqueros oscuros, rotos, llenos de cadenas que escapaban de los bolsillos y de las trabillas del pantalón; y la chaqueta de cuero de

corte motorista, llena de cremalleras y remaches, pero que continuaba su camino hacia el suelo hasta convertirse en un abrigo que habría querido tenerlo para él mismo.

—¿Dónde has pillado ese abrigo? —preguntó Olaf con timidez señalando la prenda.

Su mirada viajó hasta el chico y sus ojos se abrieron en un gesto de sorpresa al fijarse en él por primera vez. Olaf también lucía una camiseta de Bathory.

—Vaya, te gustan los clásicos… —comentó todavía sin moverse del sitio—. El abrigo lo encontré en un mercadillo, pero te lo presto cuando quieras.

—Te he preguntado que quién eres —insistió Yun. En su voz hubo un cambio casi imperceptible para aquellos que no la conocían, pero

muy familiar para quienes sí. Estaba utilizando su poder de persuasión —. Contesta.

—Soy Morgan —replicó la otra con gesto de hastío poniéndose en pie—. Y no intentes tus truquitos conmigo, no funcionan.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Robyn.

—Esperaros. Sabía que vendríais.

—¿Cómo? ¿Cómo sabías que vendríamos? —insistió Yun.

Dio un paso adelante protegiendo a sus compañeros con su cuerpo, aquella chica no le gustaba nada. No se fiaba de su postura relajada, de la seguridad en sí misma que desprendía y, sobre todo, de que fuese capaz de ignorar su poder tal y como acababa de hacer. Desde que trabajaba con Lennon, su don se había incrementado de manera impresionante y sólo unos pocos podían resistirse ahora a él… Y, para evitar problemas, no solía confiar en esos pocos.

—Mordred me lo dijo —confesó la otra encogiéndose de hombros—. También dijo que querríais esto. —Extendió la mano derecha con la palma hacia arriba. En ella lucía, solitaria, una piedra en forma de riñón. Emitía un resplandor carmesí que se extendía a su alrededor con un brillo mortecino.

—¡La *mayalala*! —exclamó Olaf.

—Magatama —corrigió Robyn.

—¡La mala… como se llame! —volvió a intentarlo Olaf.

—¿Queréis dejaros de tonterías? —resopló Yun—. ¡Tenemos que quitársela!

Yun se lanzó contra Morgan, que hizo un rápido movimiento con las manos y desapareció de donde había estado hasta hacía un segundo para volver a aparecer a unos metros.

Robyn le lanzó una flecha con el arco… con idéntico resultado: Morgan movió las manos en el aire y volvió a evaporarse dejando detrás unas leves volutas de humo grisáceo. Reía a carcajadas cada vez que lo hacía. La flecha fue a clavarse en uno de los muros. La niña no daba crédito a la velocidad a la que se movía la desconocida.

—¡Olaf, detenla! —pidió Yun dirigiéndose de nuevo en dirección a Morgan—. ¡Es una hechicera!

—¡No puedo transformarme! —gimió el muchacho—. ¡Me es

imposible enfadarme con ella! ¡Me cae bien!

—Olaf, eres un idiota y un tarugo al que no le da la cabeza para mucho más que para llevar el pelo sobre ella —dijo Robyn entre dientes mientras tensaba de nuevo el arco.

—Además, eres tan feo que nunca le vas a gustar a ninguna chica —añadió Yun.

—¡Oye! ¡Vosotras dos! ¡Os estáis pasando mucho con él! —se indignó Morgan lanzándole un hechizo a cada una, que ambas esquivaron.

Yun aprovechó su despiste para darle una patada en el pecho que la tiró de culo contra el suelo. Una maniobra que carecía de la elegancia que su poder de persuasión conllevaba, pero que, por otro lado, poseía una alta eficacia. Daba gracias por las sesiones, largas y agotadoras, de entrenamiento en artes marciales a las que Lennon les sometía. De no ser por ellas, habría olvidado todo lo aprendido con sus entrenadores personales cuando sus padres aún vivían.

—Olaf, eres un inútil y el peor miembro del equipo con diferencia —insistió Robyn echando una mirada en dirección al muchacho por encima del hombro. Cuando vio lo que estaba sucediendo, se apresuró a avisar a la otra—: ¡Yun, tu turno! ¡Está funcionando!

—¡Olaf, hueles mal! ¡Y la música que escuchas es una mierda! —Yun se había arrojado sobre Morgan y trataba de inmovilizarla las manos mientras la otra luchaba por impedirlo.

—¡Sois unas brujas! ¡No podéis tratarlo así!

—Mira quién fue a hablar… Y sí, sí podemos —susurró Yun en su oído—. Observa.

Olaf aún se encontraba a la entrada del santuario. Más que verse, su figura se vislumbraba gracias a los haces de luz de las linternas, que habían caído al suelo todavía encendidas cuando había comenzado la pelea, pero era obvio que el chico era ahora más alto.

Y más ancho.

Y tenía todo el cuerpo cubierto de pelo.

Y de su garganta escapaba un gruñido gutural que, poco a poco, fue convirtiéndose en un rugido.

—Yun… Yun… —Robyn había cargado tres flechas con cuerdas en

el arco, pero sus ojos asustados estaban clavados en Olaf—. Ya está… ¿Qué hacemos ahora?

—Déjame a mí.

Yun soltó a Morgan, que la miraba desde el suelo sin terminar de comprender qué estaba sucediendo, y se puso en pie.

—Olaf, captúrala, pero no le hagas daño. La necesitamos viva —dijo de nuevo con aquella voz suave. Aquella voz a la que no se le podía negar nada.

Olaf se había convertido en una mole enorme, parecida a un oso, aunque más grande, que con unos cuernos curvados, como los de un toro, que sobresalían de su cabeza. Dio un paso en dirección a Morgan, que, todavía sobre el suelo de madera del santuario, intentó huir de aquella bestia terrorífica arrastrándose con los codos y los talones hasta que su espalda chocó contra el muro del fondo del santuario. Estaba tan aterrorizada ante la visión de aquel animal que se había olvidado hasta de utilizar sus hechizos.

El monstruo que había sido Olaf la ayudó a ponerse en pie con gentileza y miró en dirección al arco de Robyn, quien entendió lo que le estaba pidiendo. La niña lanzó las tres flechas a la vez sin apenas apuntar, éstas giraron en el aire alrededor de Morgan y las cuerdas atadas en las flechas se apretaron lo suficiente para inmovilizarle los brazos y las manos. Yun y Robyn se habían dado cuenta enseguida de que la muchacha conseguía huir gracias a algún tipo de magia que hacía con sus manos y tan sólo necesitaban paralizárselas para atraparla.

Cuando la hubieron atado a conciencia, Olaf volvió a su aspecto habitual: el de un chico de quince años algo grande para su edad y gesto amable y tranquilo en su rostro de rasgos cuadrados.

—¿Estás bien? —preguntó a Morgan—. Siento si te he asustado.

—¿Qué eres? —replicó ella con interés. El miedo había desaparecido de su mirada para dar paso a algo parecido a la admiración—. ¿Cómo has hecho eso? ¿Eres uno de esos seres que puede cambiar de forma a voluntad y convertirse en cualquier otro ser vivo…? ¿Un cambiante? Había oído hablar de vosotros, pero nunca había conocido a uno.

—Algo así… Soy un berserker cambiante… Sólo puedo transformarme en lo que acabas de ver… Y sólo cuando me enfado mucho.

—No sé cómo las aguantas —comentó Morgan señalando con la cabeza a Yun y Robyn—. Son muy antipáticas y desagradables

contigo.

—Qué va. En realidad son buena gente… Sólo necesitaban a Bjørn… Es como se llama mi alter ego —explicó Olaf—. Significa «oso» en noruego.

La chica hizo una mueca que venía a decir «si tú lo dices…» y dio un paso atrás al ver que Yun se aproximaba a ellos.

—Lo siento —se disculpó la compañera con Olaf—. He usado mi poder contigo una vez que te has transformado… No se me ocurría ninguna otra manera de capturarla que no implicase toneladas de sangre y cuerpos desmembrados…

—No te preocupes, sé por qué lo has hecho —dijo Olaf con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero ¿has visto qué bien ha ido? ¡No he intentado hacerle daño ni nada! ¡Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza! Lo mismo tienes que usar tu poder cada vez que cambie, a mí no me importa si con eso consigo no matar a nadie.

El chico estaba eufórico. Le estaba costando mucho controlar su poder. Una vez que aparecía Bjørn, Olaf se veía expulsado a un rincón del cerebro del monstruo desde el que no era capaz de intervenir aunque quisiera. Sus propias compañeras estaban en peligro si se cruzaban en su camino. Descubrir que la persuasión de Yun podría evitar que él se descontrolase era algo que lo había hecho muy feliz, por primera vez había podido combinar el cuerpo de Bjørn con la mente de Olaf.

—¿Y ahora? —preguntó Robyn, que había recogido su linterna del suelo y apuntaba con el haz al exterior.

—Ya se ha hecho de noche —dijo Yun con un suspiro. Registraba los bolsillos de Morgan buscando la magatama. Cuando por fin la encontró, la guardó en su mochila—. Encontremos un lugar en el que descansar, mañana con el amanecer regresaremos a casa.

—Es porque no te atreves a despegar el avión…, ¿verdad? —Robyn sonreía, pero en esta ocasión no era una sonrisa irónica o con trazas de maldad en ella, era una sonrisa de comprensión y reconocimiento. Sabía que su compañera necesitaba gafas para ver de noche… Pero su orgullo le impedía utilizarlas.

—Me he dejado las gafas en casa… —confesó Yun avergonzada.

Robyn se acercó a ella riendo y le pasó un brazo por los hombros.

—Si te digo la verdad, no me importa. Estaba deseando hacer noche en este bosque. ¡Como si fuese una acampada! ¡Nos turnaremos para vigilar a ésta!

—A Morgan —matizó Olaf—. Se llama Morgan.

—Pues a Morgan —zanjó Robyn sin darle más importancia—. Creo que antes hemos sobrevolado un sitio que nos puede servir para dormir.

Yun y Robyn encabezaron la marcha a través del bosque, detrás de ella caminaba su prisionera y, cerrando el grupo, Olaf.

Ninguno de los tres vio la sonrisa llena de malevolencia que se dibujó en los labios de Morgan.

Ellos no lo sabían, pero la joven había conseguido salirse con la suya.

7
EL DESCONOCIDO

Caminaron por el bosque durante un buen rato. En esta ocasión el paseo fue mucho menos agradable que cuando habían llegado, ya que la oscuridad llenaba el entorno con chirridos, chasquidos y correteos que sonaban mucho más amenazadores que a la luz del día.

Se dirigían a un pequeño claro que Robyn había visto al sobrevolar la zona. A la niña le había parecido vislumbrar, a no mucha distancia de donde finalmente aterrizaron, algo que, si no lo era, por lo menos se parecía mucho a una aldea abandonada.

No hablaron mucho durante la caminata. En el trayecto atravesaron varios arroyos y un río, el cual pudieron cruzar gracias a un antiguo puente colgante de madera que apenas se alzaba un metro por encima de unas aguas revueltas y rápidas que parecían dispuestas a engullirlos y a llevarlos a una muerte segura. El puente se balanceaba a un lado y al otro con cada uno de los pasos que daban. Tuvieron que atravesarlo de uno en uno, ya que la madera, vieja y quebradiza, crujía y chillaba bajo su peso.

Por fin llegaron a un camino. Apareció de repente entre los árboles que los rodeaban. Era apenas una senda de tierra horadada por lo que parecían las rodadas de carros, pero viendo dónde se encontraban, habrían jurado que como mucho había sido un carro el que había pasado por allí. Muchas veces, eso sí.

A ambos lados del sendero surgieron, cada pocos metros, estatuas de piedra que representaban diferentes animales: una tortuga, un ave que ninguno supo decir de qué especie era, un tigre y un lagarto. Las esculturas se hallaban cubiertas de musgo verdoso y la roca se había

desprendido en algunos puntos, dándoles el aspecto de cansados vigilantes.

—Creo que vamos bien —dijo Yun más por romper el silencio que les rodeaba que por otra cosa—. Continuemos.

Poco después apareció frente a sus ojos una gran valla de madera. Se trataba de un cercado hecho con troncos de árboles gruesos acabados en punta. Los huecos habían sido rellenados con piedras pequeñas y redondas que se mantenían en su sitio por una especie de masa que parecía hecha de arcilla. Dos puertas, altas, robustas, también hechas con troncos, guardaban el interior de aquel cercado, si bien lo guardaban regular, ya que se encontraban abiertas.

Era demasiado generoso llamar aldea o pueblo a lo que encontraron al otro lado de la valla, ya que no eran más que unas cuantas cabañas de madera, elevadas sobre plataformas de unos treinta centímetros formando un recinto cuadrado. Sólo en la pared más alejada, orientado hacia el norte, había un edificio algo distinto, con planta cuadrada, dos pisos de altura coronados por un tejado negro curvado sobre el piso superior y un saliente, igual que el tejado, rodeando toda la fachada en la primera planta. El alero pasaba bajo un ventanal redondo enmarcado en una madera en la que destacaban los tonos rojizos. Esa ventana era del mismo tamaño que la puerta principal de la construcción, también redonda. Las paredes estaban formadas por bastidores enrejados de madera y papel.

A pesar de estar abandonado, aquel poblado parecía que había sido levantado no hacía mucho. No sucedía lo mismo con el vallado, cuyos troncos se veían pulidos y brillantes por el paso del tiempo, pero las cabañas olían todavía a madera recién cortada y a barniz y, a pesar de no llevar las gafas, de la oscuridad de la noche y de estar muy bien integrados con el entorno, Yun pudo ver cables eléctricos que llegaban hasta todas las cabañas del recinto.

—Voy a dar una vuelta, chicos —dijo la joven—. Esto me parece demasiado nuevo para que esté abandonado. Vosotros vigilad a la prisionera.

Yun recorrió la aldea sin dejarse ni un rincón sin pisar. Entró en todas las construcciones y revisó todos los huecos que quedaban bajo

ellas. Cuando estuvo satisfecha, regresó junto a sus compañeros.

—No hay nadie —informó—. Aun así, haremos turnos de vigilancia. He encontrado un equipo de comunicaciones completo y muy moderno en una de las chozas… Y también hay un cuarto de baño precioso, he hecho fotos, luego lo subiré a mis redes porque era una pasada… Pero eso, que tengamos cuidado.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Olaf.

—A ver, yo estoy muerta de hambre. Podríamos encender un fuego y cenar —propuso Robyn.

—No me parece muy sensato —replicó Yun—. Os digo que aquí no hay nadie, pero si los habitantes están cerca, podemos llamar su atención con un fuego.

—Pero me muero de hambre…

Continuaron discutiendo unos minutos sin ponerse de acuerdo sobre los pasos a seguir. Yun apostaba todo a descansar y salir zumbando de allí en cuanto el sol asomase por el horizonte; Robyn pensaba que un fuego no iba a hacerle mal a nadie y que mejor dormir con la tripa llena, que ella con hambre no podía cerrar los ojos; y, Olaf, creía que a lo mejor podrían irse al avión y largarse a casa en aquel momento, total, ya estaba lleno de arañazos y abolladuras tras el aterrizaje y unos pocos más tampoco iban a notarse mucho.

—Pero que me he dejado las gafas, que de noche no veo —insistió Yun.

—Tienes que acordarte de cogerlas —rezongó Olaf.

—Tengo muchísima hambre —declaró Robyn.

—Pues me las he olvidado, ¿qué hago? ¿Me mato? —se defendió Yun.

De repente, Robyn alzó la mano.

—Parad, he oído algo.

Los tres guardaron silencio y escucharon con atención.

—No oigo nada —confesó Olaf.

—Ni yo —confirmó Yun.

—Pero yo sí y tengo mejor oído y mejor vista que vosotros dos juntos, así que callaos.

—Oye, a mí no me mandes callar —se resistió Yun—, que soy

mayor que tú.

—Y estás ciega como un topo y sorda como una tapia si te comparamos conmigo, así que shhh —concluyó Robyn, llevándose el dedo índice a los labios—. Te digo que he oído algo.

Los tres volvieron a prestar atención.

Tras unos segundos de silencio en el que ninguno se atrevió ni a respirar, una voz habló.

—Vosotros no sois muy listos, ¿no?

Los tres dejaron se giraron hacía el lugar del que había procedido la voz. Robyn, con el arco preparado para soltar su flecha; Yun, en posición de lucha; y Olaf, con un gesto de confusión en el rostro cuadrado y bonachón.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Yun enderezándose, lo que la hizo parecer más alta de lo que ya era.

—Eso debería preguntarlo yo. Al fin y al cabo, estáis en mi casa. —La voz había cambiado de posición, no obstante, ninguno de los tres había sido capaz de ver ningún movimiento a su alrededor.

—¿Cómo que tu casa? —volvió a preguntar Yun mirando en todas direcciones sin conseguir ver a la persona que hablaba.

La voz sonaba joven. No gritaba, su tono era tranquilo, incluso simpático, pero, por muy agradable que fuese, los tres adolescentes no podían confiar en alguien sólo por su voz.

—¿Vas a hacernos daño? —quiso saber Olaf, mucho más práctico que sus compañeras. Odiaba las peleas, pero era mejor estar preparado. Sólo esperaba que éste no le cayese tan bien como Morgan.

—Eso depende de vosotros y de vuestras intenciones. —Quien hablaba, una vez más, había cambiado su ubicación sin que ninguno de los tres se diese cuenta. Era un fantasma. O, al menos, se movía como uno.

—Sólo buscábamos un lugar en el que acampar —confesó Robyn, que bajó el arco y suavizó su habitual ceño fruncido—. Lo sentimos mucho si hemos invadido tu casa, que, por cierto, es una fantasía. ¡Me encanta!

Le dio un codazo a Yun para que dejase de lado su actitud amenazante. Esta otra la miró algo sorprendida, pero dejó caer los

brazos a los lados de su cuerpo antes de volver a hablar.

—No queremos hacerte daño —resopló.

—Ya, bueno, para eso primero tendríais que cogerme —rio la voz— y, después de escucharos durante un rato, creo que sería bastante difícil… No hacéis más que discutir por tonterías… Ni siquiera habéis conseguido poneros de acuerdo para ver si cenabais o no.

Una mueca de fastidio atravesó el rostro de Yun. Por mucho que quisiera negarlo, la voz misteriosa tenía toda la razón del mundo. Nunca eran capaces de ponerse de acuerdo en nada.

—Ella es Robyn, él es Olaf y yo soy Yun… Y, la verdad, es que nos vendría bien algo de ayuda.

De detrás de una de las cabañas salió una figura. Vestía de negro de la cabeza a los pies. Llevaba el cabello y el rostro tapados por una capucha y lucía una camisa y unos pantalones negros anchos y de aspecto cómodo. Completaban su atuendo unas botas hasta casi la rodilla, del mismo color, que, a simple vista, parecían muy flexibles y cómodas.

—Tío, me gustan tus pintas —comentó Robyn con una sonrisa. Sus compañeros se sorprendieron, era raro que Robyn sonriese o le dijese a alguien algo agradable.

—Y a mí —coincidió Olaf.

—Gracias —dijo el chico. Se llevó ambas manos a la capucha y la retiró dejando que cayese hacia atrás, a continuación, bajó la tela que le cubría la boca y la nariz—. Me llamo Hiro, Sōya Hiro. Podéis llamarme Hiro, Sōya es el apellido —explicó—, en Japón va delante del nombre. Ahora sí, por favor, bienvenidos a mi hogar.

Era un muchacho de más o menos la misma edad que los otros tres. El pelo negro, algo largo y liso, brillante, le caía a ambos lados de la cara. Los ojos grandes y rasgados, muy bonitos y expresivos, acompañaban un rostro de pómulos marcados y barbilla angulosa, delgado, con nariz estrecha y recta y labios amplios.

—También me gusta tu careto —dijo Robyn—. Eres guapo.

—Sí que lo es —aseveró Olaf.

Yun les dio un codazo a cada uno para que cerrasen la boca.

—Gracias —repitió el muchacho, esta vez con una sonrisa y una

leve inclinación de cabeza—. Supongo que tendréis hambre, ¿por qué no cenamos algo y me contáis qué os trae por aquí? Por lo que he escuchado, creo que tenemos un objetivo en común.

—Y tu estilo, también me mola mucho tu estilo —zanjó Robyn—. Estoy muerta de hambre.

—Y yo —convino Olaf.

—No tenemos tiempo para cenas y charlas —replicó Yun de manera cortante, no se fiaba de su anfitrión—. Estamos en una misión muy importante.

—Eso he oído —comentó Hiro—, pero no parece que os importe mucho.

—¿Qué? —preguntaron Yun, Robyn y Olaf a la vez.

—La chica que venía con vosotros acaba de escaparse… Os lo digo porque no parece que os hayáis dado cuenta…

—¿¡QUÉ!? —exclamaron Yun, Robyn y Olaf a la vez, en esta ocasión, mirando hacia el lugar en el que habían dejado atada a su prisionera.

Yun suspiró y se presionó el puente de la nariz con dos dedos antes de volver a hablar.

—Bien, chicos… —dijo por fin—. Estamos muertos. Lennon va a matarnos.

8
UNA PETICIÓN DE AYUDA

—¿Quién es Lennon? —preguntó Hiro con curiosidad. Se lo veía bastante tranquilo a pesar de que la prisionera hubiese escapado, pero claro, al fin y al cabo, no era su prisionera.

—Nuestro jefe —replicó Yun haciendo un movimiento con la mano, como el que aparta una mosca—. No te metas, por favor, tenemos que hablar. Vamos, chicos, tenemos que capturarla de nuevo.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la salida del poblado. Los otros dos dudaron antes de seguirla, miraban a Hiro como esperando a que él les diese permiso, algo que no hizo.

—Espera —pidió el chico—, tal vez pueda ayudaros. Conozco estos bosques como la palma de mi mano, me he criado aquí.

Yun resopló y sus compañeros supieron lo que se avecinaba. Iba a utilizar su poder con aquel muchacho que, no sólo no les había hecho nada, sino que además les estaba prestando su ayuda.

—No te metas —repitió Yun, esta vez con aquel tono suyo tan peculiar y efectivo.

Robyn y Olaf contuvieron la respiración mientras esperaban la respuesta aturdida y obediente de Hiro.

—¿Por qué insistes en rechazar mi ayuda? —dijo en cambio—. Repito: vosotros no sois muy listos, ¿no? Hay una persona que intenta ayudaros porque tenemos un objetivo común y preferís cagarla a reconocer que necesitáis que os echen una mano… De verdad que no os entiendo.

Los ojos de Yun tomaron la forma de dos pelotas de golf y sus labios formaron un círculo perfecto. Necesitó luchar unos segundos contra su

sorpresa antes de ser capaz de decir nada.

—Pe… Pero ¡¿qué pasa hoy?! —exclamó por fin, confundida—. ¿Es que nadie va a obedecerme? ¿Es que he perdido mis poderes? ¡¡¡Robyn…!!!

—Ni se te ocurra —la interrumpió Robyn con una mirada torcida.

—¿Olaf? —probó Yun. Su compañero suspiró y asintió con la cabeza —. Vale, veamos… —Yun se aclaró la voz—. Olaf, siéntate en el suelo.

El chico obedeció con los ojos vidriosos.

—Muy bien. Ahora, Olaf, levántate y da un salto.

De nuevo, obedeció sin protestar.

Hiro asistía a la escena con gesto entre divertido y extrañado.

—Vale, ya está bien. —Robyn se había acercado a ella y había puesto una mano sobre su brazo—. Tu poder está perfectamente, es tan sólo que con Hiro no funciona.

Algo que había en el aire cambio de manera imperceptible y Olaf sacudió la cabeza, como si estuviese saliendo de un trance, que era exactamente lo que estaba sucediendo. Yun había dejado de ejercer su poder de persuasión sobre él.

—¿Alguien me va a contar qué está pasando? —quiso saber Hiro.

Yun clavó los ojos en él valorando cuánto podían contarle. Si de verdad conocía tan bien aquellos bosques, no perderían nada por permitir que los ayudase a capturar a Morgan. No obstante, no se fiaba de él.

—¿Nos ayudarías si te digo que te lo contamos después? —preguntó Yun.

—Entonces, os ayudaré después… —replicó Hiro con un encogimiento de hombros—. Iré yo a por lo que se ha llevado, se lo daré a alguien que conozco que puede protegerlo mejor que nadie y tendréis que quitárselo a esa persona. Y, creedme, no queréis enfrentaros con ella.

—Yun, cuéntaselo —pidió Robyn. Confiaba en aquel muchacho desde el primer minuto. En la seguridad en sí mismo de la que hacía gala y en ese innegable halo de paz y serenidad que le rodeaba. Se sentía segura a su lado—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Vale, vale… —accedió la joven.

Pusieron al corriente a Hiro sobre quiénes eran ellos, para quién trabajaban, cuáles eran sus poderes, cuál su misión y contra quién estaban luchando. Él escuchó la narración sin interrumpir y con interés, prestando atención a cada una de sus palabras. El tiempo corría en su contra, cuanto más tardasen en contárselo, más probabilidades tendría Morgan de escaparse. No obstante, el chico no parecía preocupado en exceso por esas probabilidades. Cuando acabaron, los tres lo miraron expectantes.

Hiro les devolvió la mirada uno a uno antes de hablar. Era muy consciente de que había cosas que no le habían dicho, como dónde se encontraba la organización para la que trabajaban o qué pretendían hacer con la magatama. Y esto último era lo que más le preocupaba, puesto que el poder de aquella pequeña piedra era inmenso. Sabía que su buena amiga, Amanda Black, a la que había conocido pocos meses antes, estaba detrás de ella. De hecho, había sido su compañero Eric el que había dado con su localización tras mucho investigar entre montañas de documentos antiguos y mapas satélite… Cómo había sabido la organización para la que trabajaba aquel grupo o, ya puestos, la hechicera a la que habían capturado, dónde se encontraba la joya era todo un misterio para Hiro, uno que pretendía desvelar… Hablando con el jefe de aquellos muchachos.

—Os ayudaré —confirmó tras unos segundos—, pero con una condición.

Los dos más jóvenes comenzaron a protestar, pero Yun les mandó guardar silencio. Cuando consiguió acallar las quejas de sus compañeros, hizo un gesto con la cabeza a Hiro para invitarlo a que dijese en voz alta cuál era esa condición.

—Sí, os ayudaré —continuó él—, pero a cambio me llevaréis ante Lennon. No creo que vuestra organización esté preparada para impedir que la magatama caiga en manos de ese tal Mordred, tengo una propuesta que hacerle.

—¿Qué le vas a proponer? —preguntó Olaf.

—Eso sólo puedo contárselo a vuestro director… Y, antes, tengo que pedirle permiso a otra persona. Lo siento, por ahora no puedo deciros nada más.

En ese momento, un resplandor plateado llenó la noche sobre sus cabezas paralizando a Yun, Olaf y Robyn en el sitio.

Un segundo después, el suelo empezó a temblar y a estremecerse a la vez que un estruendo mitad trueno mitad rugido inundaba sus oídos.

Yun, Robyn y Olaf se tiraron al suelo tapándose los oídos con las manos y temiendo por sus vidas.

Parecía que la tierra estuviese desgarrándose desde dentro.

9
LA HISTORIA DE HIRO

Cuando la tierra dejó de quejarse, los tres compañeros abrieron los ojos y separaron las manos de sus orejas sin estar todavía del todo convencidos de que lo que acababa de suceder hubiese terminado de verdad. Hiro los miraba con una ceja alzada en forma de signo de interrogación.

—¿Estáis bien? —preguntó disimulando una sonrisa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Robyn poniéndose en pie y tendiéndole una mano a Yun para ayudarla a levantarse.

Olaf se había sentado y miraba a su alrededor temeroso. Fijó sus ojos en Hiro que parecía no haber comprendido a qué se refería Robyn.

—Sí, ¿qué eran esos ruidos y temblores? —aclaró, por si acaso.

—Ah, eso… Vale, eso era vuestra amiga Morgan intentando escapar de una de mis trampas —explicó con rostro de satisfacción—. Es una poderosa hechicera, sí, pero no sabe que yo soy mejor en lo mío. No va a escapar de aquí con facilidad…

—¿Tú eres un hechicero? —se extrañó Yun.

—Bueno, no exactamente. Soy un ninja, heredero de Jiraiya, el primer ninja. Además, soy portador de la magia del sapo.

—¿Qué es eso? —Yun parecía interesada

—¿Tenéis un rato? Es una historia un poco extensa.

—¿Estás seguro de que Morgan no va a escapar de tu trampa? —intervino Robyn.

—Casi seguro y, si escapa de ésta caerá en otra —replicó Hiro con un encogimiento de hombros—. El bosque está lleno de ellas. Las

activé cuando llegasteis a mi aldea. No podrá salir de aquí sin que nos enteremos… Eso y que encontré la lancha en la que había venido y la inutilicé.

Los tres se miraron entre ellos. Yun vio los rostros ansiosos de sus compañeros, querían conocer la historia de aquel chico y, si era sincera consigo misma, ella también sentía curiosidad.

—¿Sigue en pie esa invitación a cenar? —dijo con una sonrisa.

—Por supuesto, seguidme.

Hiro encaminó sus pasos hacia una de las cabañas, se descalzó en la puerta y penetró en el interior. Los otros tres lo imitaron.

Se trataba de un espacio cuadrado, en cuyo centro había una mesa baja sobre la cual reposaban cuencos rebosantes de arroz, bandejas con pescados a la brasa y verduras rebozadas. Olía de maravilla y Robyn comenzó a salivar con aquel delicioso espectáculo que sucedía ante sus ojos, le encantaba comer. Aguardó a la señal de Hiro, que no se hizo esperar.

—Sentaos, por favor. No es mucho, pero no me ha dado tiempo a hacer nada más. He estado muy ocupado siguiéndoos, activando trampas e inutilizando lanchas —dijo su anfitrión con un guiño—. Os contaré mi historia mientras comemos.

Durante aquella cena, Hiro les contó que provenía de una antigua estirpe de ninjas, los Sōya, que se remontaba a muchos siglos atrás. Habían comenzado operando en secreto, manteniendo al pueblo japonés seguro de amenazas, tanto terrenales como mágicas, y así habían continuado hasta la actualidad.

Nadie sabía de su existencia más allá de algunos colaboradores que habían tenido a lo largo de la historia.

Poco a poco, fue desgranando qué significaba ser un ninja y les puso al corriente de la historia de su familia. En el pasado, las clases nobles de Japón habían contado con los samuráis, un ejército de guerreros entrenados en el uso de la catana, el arco o el *naginata* —que era un hacha—, mortales y valientes. No obstante, los campesinos no habían tenido quien les protegiese de los males que podían azotarles: desde encantamientos y maldiciones, a asesinos o simples ladrones. El clan Sōya se había erigido en esa protección y actuaban allí donde eran

necesarios intentando mantener siempre el anonimato. Al contrario que los protectores de los señores feudales, los samuráis, los Sōya eran ninjas. Regían sus vidas por el ninjutsu, las artes ninja, que incluían formación en artes marciales y el uso de diferentes armas, venenos y explosivos, así como un entrenamiento destinado a su mente y su espíritu, en el que se incluía el *kuji-kiri*; mediante distintas posiciones de manos y dedos, podían canalizar la energía y utilizarla a su favor. Hiro les dijo que, en realidad, era mucho más complicado, pero creía que con aquellas explicaciones resumidas sería bastante para que Yun, Robyn y Olaf entendiesen la situación.

—Durante muchos muchos años, mi abuelo y yo luchamos en solitario contra los Orochimaru, un clan enemigo empeñado en hacerse con el poder. Hasta hace algunos meses cuando por fin y con la ayuda de la heredera del culto egipcio de la diosa Maat, conseguimos vencerlos de manera definitiva. —El gesto de Hiro se entristeció al decir esas palabras—. Mi abuelo, mi *sensei*, con quien yo vivía aquí y quien me enseñó todo lo que sé ahora, murió en aquella batalla final contra ellos y ahora soy el último de mi estirpe. Su muerte me hizo portador de la magia del sapo… Jiraiya, nuestro antecesor, la recibió de un inmortal y hemos sido sus portadores desde entonces.

Hiro acabó su narración y se hizo el silencio durante unos instantes.

—Siento mucho tu pérdida —dijo Robyn cabizbaja—. Veo que todavía es muy doloroso para ti. —Sus compañeros asintieron, no había nada que pudiesen decir para aliviar la tristeza de aquel chico al que acababan de conocer—. ¿Vives aquí tú solo desde entonces?

—Sí, necesitaba algo de tiempo después de lo que sucedió para pensar qué voy a hacer a continuación… Y también necesitaba entrenar la magia del sapo. Sigo necesitándolo, pero cada día la domino mejor.

—Creo que Lennon va a estar deseando conocerte —dijo Yun con timidez—. No pensaba aceptar la condición que nos pusiste antes, no al menos sin hablarlo antes con él, pero tu historia lo cambia todo… Yo tampoco puedo decirte nada más. No de momento.

Hiro asintió y sonrió. A continuación, se puso en pie.

—Voy a llevarle algo de comer y agua a vuestra prisionera. Creo que lo mejor que podéis hacer es descansar esta noche en mi aldea. Nada malo os puede pasar mientras estéis aquí. Mañana partiremos al amanecer.

Hiro preparó un paquete con comida y agua y salió de la cabaña para dirigirse al bosque. No necesitó caminar mucho para llegar a la trampa en la que había caído Morgan, situada a escasos metros del vallado que protegía todo el poblado. La joven flotaba bajo uno de los frondosos y antiguos árboles que rodeaban la aldea, en el centro de una luz plateada que formaba una burbuja a su alrededor. Cuando vio a Hiro acercarse, se enderezó como pudo dentro de aquel resplandor.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué es esto? —preguntó rozando con el índice la sustancia plateada. Unas briznas luminosas chisporrotearon en el lugar donde el dedo acababa de hacer contacto.

—Deberías reconocerlo —replicó Hiro—. Es magia, una muy antigua.

—No la conozco… y sé mucho de magia —dijo ella con tono altivo.

—No puedes conocerla, está destinada sólo a mi familia. —Un pensamiento, fugaz y apenado, atravesó su cabeza al decir estas palabras: él era el último de su familia.

Una sonrisa mezquina se extendió por el rostro de Morgan.

—¿Qué familia? Tú ya no tienes ninguna familia.

—Vaya, así que puedes leer la mente… —Hiro fingió una tranquilidad que no sentía. Aquel comentario había puesto el dedo en la herida más dolorosa de todas las que le habían hecho a lo largo de su vida. Y, siendo un ninja, no habían sido pocas—. Está bien saberlo, no volveré a permitirlo.

—¿Quién eres? —preguntó la joven.

—Hiro —contestó él con sencillez.

—No es eso lo que te estoy preguntando… Esta magia es demasiado poderosa, quiero saber a quién me enfrento.

—Eso no te importa… Toma. —Alzó el brazo en el que llevaba el paquete con la comida. Su mano atravesó la burbuja plateada con facilidad—. Es agua y comida… No están envenenadas. —Morgan estiró su brazo, sólo que el ángulo del mismo no apuntaba al hatillo, sino unos centímetros más a la derecha—. No lo intentes, no va a funcionar. El escudo desaparecerá cuando yo lo deshaga. Sólo entonces podrás salir de ahí.

La joven resopló y una mueca de enfado apareció en su rostro. Le lanzó una mirada punzante a Hiro mientras cogía la comida.

—¿Cómo sabías que iba a intentar escapar mientras me pasabas esto? ¿Tú también lees la mente?

—Qué va —rio Hiro—, es sólo que tus intenciones eran muy obvias.

—¿Me vas a hacer pasar toda la noche en esta cárcel?

—Supongo. Al fin y al cabo, eres tú la que se ha metido ahí dentro.

—Sabes que me voy a vengar, ¿verdad? Sólo quiero que lo sepas. Nada de todo esto te incumbe, pero acabas de hacerte una enemiga muy poderosa y no pienso parar hasta que acabe contigo.

Hiro se dio media vuelta y comenzó a alejarse. Sabía que ella lo seguía con la mirada. Cuando estuvo a punto de desaparecer al otro lado de la valla, se giró en dirección a Morgan.

—Habéis venido hasta aquí a robar algo con un poder terrible. Algo

que puede hacer que el espíritu de mi abuelo, que murió en una batalla, se alce y vague en forma de demonio por toda la eternidad… ¿De verdad crees que no me incumbe?

—¡Mordred acabará con todos vosotros! —gritó Morgan hecha una furia.

En apenas unas horas, ya había escuchado un par de veces el nombre de Mordred.

No sabía que iba a escucharlo muchas veces más.

10
UNA OFERTA

—Así que tú eres Hiro… —Lennon miraba por la ventana de su despacho. Sólo cuando el muchacho cerró la puerta a su espalda, decidió darse media vuelta y acercarse. Cuando estuvo frente a él, tendió una mano que el joven estrechó.

—Y usted es…

—Lennon, Director Lennon.

—¿Director de nombre?

El hombre asintió.

—Ya tenía ganas de conocerte —dijo—, me han hablado mucho de ti. Creo que tenemos una amiga en común.

—Lo sé, hablé anoche con ella.

—Dime qué más sabes y qué quieres saber —pidió Lennon, invitándolo a sentarse en una de las butacas que había en el despacho. Él ocupó el sofá frente al sillón, así podrían mirarse cara a cara.

—Sé que fue Amanda Black quien le dijo dónde encontrar la magatama. También sé que está preocupada, le ha pedido que una vez la recupere se la entregue… Por cierto, ¿dónde estamos? Me refiero a en qué ciudad…

Habían partido de Japón aquella misma mañana. A Hiro el vuelo se le había hecho muy largo, sobre todo teniendo en cuenta que Robyn y Olaf habían dormido —y roncado— durante la mayor parte del mismo. Yun, que era quien pilotaba, no había querido darle más información de la necesaria. El joven se había dado cuenta enseguida de que lo que Yun consideraba necesario y lo que él consideraba necesario eran cosas muy diferentes, ya que ella se había limitado a

darle sus redes sociales y recomendarle que la siguiese, que no se iba a arrepentir. Al decirle Hiro que él no tenía redes sociales, Yun había puesto el piloto automático y se había dedicado el resto del trayecto, hasta que había llegado el momento de aterrizar, a ayudarlo a crearlas.

Hiro había bajado del avión con perfil en todas las redes sociales de universo conocido y sin saber aún en qué lugar del mundo se encontraba.

Yun le había acompañado hasta la puerta del despacho y allí le había dejado despidiéndose con una sonrisa risueña y un «te veo luego, tengo que asegurarme de que Morgan no escape».

—¿No te lo han dicho? —preguntó Lennon.

—No, pero ahora tengo redes sociales.

—¿Yun?

Fue el turno de Hiro de asentir en silencio. No hacían falta palabras.

El Director Lennon le dijo el nombre de la ciudad y los ojos de Hiro se abrieron como platos. ¡Allí vivía Amanda! Tal vez pudiese ir a verla antes de regresar a Japón. Desde que se habían conocido, habían continuado manteniendo el contacto gracias al equipo de comunicación que la familia Black había instalado en el poblado de los Sōya. De hecho, la aldea había quedado destrozada tras ser atacada e incendiada por el clan de los Orochimaru y Amanda y Paula Black, junto con sus amigos, Benson, Eric y lord Thomas, lo habían ayudado a levantarla de nuevo. También lo habían invitado a vivir con ellos en la Mansión Black ya que Hiro, tras la muerte de su abuelo, se había quedado solo, pero el chico necesitaba algo de tiempo para poner en orden sus ideas y había rechazado el ofrecimiento.

—¿Qué piensa hacer con la magatama? —preguntó Hiro, centrándose en el tema que les ocupaba.

—De momento, no puedo decirlo. No obstante, puedes asegurarle a Amanda que se la entregaré una vez acabe con ella.

—¿Piensa utilizarla?

—Ni se me pasa por la cabeza… Pero no quería hablar contigo por la piedra…

—Era yo el que quería hablar con usted —lo interrumpió Hiro

extrañado.

—No sólo tú tuviste tiempo de hacer una llamada ayer… —replicó Lennon con una media sonrisa—. Yun me llamó y me contó tu historia. Creo que eres perfecto para el grupo. Quiero hacerte una oferta.

Hiro alzó las cejas y suspiró.

Podía imaginar la oferta que le iba a hacer y no estaba seguro de querer decir que sí.

Tampoco estaba seguro de querer decir que no.

—Adelante, haga su oferta.

—Trabaja para mí. Únete a nosotros. Necesitamos personas como tú.

—Amanda me contó lo que intentaron hacerle…

—También te contaría que me disculpé y le devolví los viales con su sangre, ¿no? Eso fue un error que no volverá a repetirse. Ni con Amanda ni con ningún otro heredero.

—¿Qué hay para mí en todo esto? ¿Qué gano yo?

—No mucho —confesó el Director Lennon—. En esto tienes razón. Lo único que te puedo ofrecer es formación, un salario con el que no te vas a hacer millonario y un hogar con chicos y chicas de tu edad. Por supuesto, también tendrías que ir al instituto.

Hiro dudó.

—No —dijo por fin—. Me quedaré aquí hasta que la magatama esté en poder de las Black. Ellas podrán mantenerla segura. Podrán evitar que caiga en malas manos. Después me marcharé.

—Si es lo que quieres, así será. No te retendremos contra tu voluntad… Tampoco te diré que no si más adelante cambias de opinión, algo que, por cierto, espero que hagas.

Hiro se puso en pie y dio un par de pasos en dirección a la puerta del despacho, sujetó el pomo y sin girarse volvió a hablar.

—Una cosa… Sí me gustaría ir al instituto durante el tiempo que me quede aquí… ¿Es posible? —pidió.

De pequeño había estado en un internado, pero una vez finalizados los años escolares, había sido su abuelo el que se había ocupado de su educación acudiendo sólo a hacer los exámenes. Ahora se le ofrecía la

oportunidad de, aunque fuese sólo por unos días, hacer lo mismo que cualquier otro chico de su edad y no quería desaprovecharla.

—Puedo arreglarlo —confirmó Lennon—. Mañana lunes irás al instituto con Yun, Robyn y Olaf.

El chico salió del despacho y se encontró con Olaf esperándolo en la puerta. Cambiaba el peso de un pie a otro, como si estuviese teniendo dificultades para encontrar un cuarto de baño.

—Te necesito —dijo nervioso—. ¿Podrías hacer eso de la burbuja trampa de nuevo? Nos está costando contener a Morgan y… Bueno…, es que no quiero que le hagan daño, así que he pensado que ya que estás aquí…

—Claro, te sigo.

A Hiro le caía bien aquel chico. Le causaba mucha curiosidad, tal vez debido a ese aspecto de guerrero vikingo fuerte y brutal que se derrumbaba casi de manera inmediata por su sonrisa amable y el tono simpático y tranquilo que confería a todas sus palabras y gestos. Además, la preocupación que sentía por la prisionera no hacía otra cosa más que aumentar ese halo de bondad que lo acompañaba allá donde fuera.

Olaf guio a Hiro por los inmaculados pasillos del complejo de la Organización hasta un ascensor. Una vez dentro, pulsó una combinación de varios números en un teclado que había junto a la puerta y descendieron al segundo sótano.

Al salir, Hiro vio que se encontraban en un pasillo blanco, como el del piso superior, sólo que en éste una franja azul recorría toda la parte baja de los muros a ambos lados del corredor. Apenas estaba iluminado cada tres metros por unos focos amarillentos situados en la parte alta de los muros, como luces de emergencia. El pasillo parecía vacío, desierto.

—Ahora vamos por la escalera —avisó Olaf—. Han desconectado el acceso del ascensor al tercer sótano para evitar tener que vigilar dos salidas.

Caminaron por el pasillo hasta una puerta tras la cual unas escaleras descendían hasta la planta en la que se encontraban las celdas. Olaf giró el pomo y empujó la puerta sin ningún resultado.

Gruñó dando un nuevo empujón. La puerta continuó siendo una masa inamovible.

Un tercer empujón consiguió que el chico empezase a enfadarse de verdad.

Hiro comenzó a ponerse nervioso… Olaf estaba aumentando de tamaño y le estaba creciendo un vello espeso y negro en los brazos que segundos antes no había estado allí.

—Ejem… —carraspeó Hiro para llamar su atención—. ¿Me permites?

Olaf lo miró por encima del hombro con los ojos enturbiados por un velo rojizo, pero se hizo a un lado.

Hiro empujó la puerta con el hombro intentando abrirla.

No lo consiguió.

Olaf resoplaba y gruñía junto a él, el cambio se estaba acelerando.

Hiro mantuvo la calma; no obstante, sabía que se le acababa el tiempo.

Se preparó para pelear contra aquello en lo que se estaba convirtiendo Olaf.

Y no estaba seguro de poder vencerlo.

11
UNA PELEA

Hiro respiró hondo sin mirar a su compañero, que continuaba resoplando y gruñendo —y aumentando de tamaño— junto a él.

Necesitaba pensar. No entendía por qué aquella maldita puerta insistía en continuar cerrada.

Siguió el marco con la mirada y, entonces, se dio cuenta: estaban empujando la puerta y lo que tenían que hacer era tirar de ella.

Su mirada viajó de manera fugaz hasta Olaf, que tenía ya el tamaño de un oso y en cuya cabeza empezaban a florecer dos cuernos afilados y de aspecto mortal.

Un rugido comenzó a formarse al fondo de la garganta del animal que un instante antes había sido Olaf.

Cada vez quedaba menos tiempo.

Hiro sujetó el pomo con firmeza y dio un tirón, rogando en silencio que la puerta se abriese.

No habría otra oportunidad.

Si aquello fallaba, no le quedaría más remedio que luchar contra la bestia en la que se estaba convirtiendo su acompañante.

La puerta se abrió sin oponer resistencia.

El chico se giró para enfrentarse a Olaf sin saber muy bien qué iba a encontrarse. Por suerte, el otro estaba recuperando su tamaño normal y le devolvía la mirada con gesto avergonzado.

—Lo siento —dijo, pasándose una mano por el cabello rubio. Su piel, habitualmente pálida, había adquirido el tono de un tomate maduro—. Siempre se me olvida.

—No pasa nada —replicó Hiro con una sonrisa—, pero me has dado

un susto de muerte.

—No creo que a ti te hubiese costado mucho vencer a Bjørn… Es todo fuerza y poca inteligencia. Tú tienes esa magia tuya, hubieses podido atraparlo con una burbuja…

—Aun así, vamos a tener que trabajar tu paciencia.

—¿Eso significa que te vas a quedar con nosotros? —exclamó Olaf ilusionado—. ¡A todos nos encantaría! Ya lo hemos hablado mientras estabas en el despacho de…

—Bueno, todavía no lo he decidido —mintió Hiro. No quería decepcionar a su nuevo amigo, al menos no tan pronto—. Venga, vamos.

Cruzaron el umbral para encontrarse de nuevo en un corredor, pero éste era algo diferente. Estaba pintado de gris, el suelo era de cemento y la luz era todavía más mortecina que en los sótanos superiores. Apenas una lámpara de emergencia sobre las puertas que, en esta ocasión, estaban separadas por bastante distancia entre sí.

Caminaron por aquel pasillo hasta casi el final del mismo y atravesaron una última puerta de metal gris frío muy gruesa y sin adornos, más allá de algunos remaches que no cumplían en absoluto una función decorativa. Olaf descorrió varios cerrojos y la abrió con esfuerzo. Era tan pesada como parecía a simple vista.

Al otro lado, Robyn y Yun luchaban contra Morgan intentando retenerle las manos para que no les lanzase ningún hechizo. La mayor de las dos sujetaba a la hechicera por la espalda, impidiéndole que moviera los brazos, mientras la otra lanzaba con su arco flechas con cuerdas atadas para inmovilizarla.

—¡Haz algo! —suplicó Olaf—. ¡Van a terminar haciéndole daño!

Hiro dio un paso acercándose a ellas, cerró los ojos para concentrarse y comenzó a realizar unos giros y cruces con brazos, muñecas y manos. De la punta de los dedos surgió una especie de neblina plateada. Olaf lo observaba desde el pasillo sin atreverse a entrar en la celda.

La neblina comenzó a extenderse hasta las paredes y fue cubriéndolas poco a poco con un velo brillante y sedoso que se cerró en la entrada de la sala. La niebla reptó por el suelo y ascendió por las

piernas de Morgan hasta alcanzar su cabeza.

—Podéis soltarla —dijo Hiro—. Ya no puede haceros ningún daño. Vosotros sí podréis moveros con libertad, pero ella no podrá cruzar la puerta.

Las dos muchachas dudaron unos instantes.

—Soltadla, por favor. —Olaf se acercaba a la hechicera, vencido ya el temor a la niebla mágica—. ¿Estás bien? —preguntó a Morgan.

—He estado mejor —replicó ella con sequedad. Una pequeña gota de sangre resbaló por su barbilla. Morgan se llevó una mano a la herida y, a continuación, miró sorprendida la mancha roja de sus dedos—. ¿Me habéis hecho sangre?

—Tienes un corte en el labio —confesó Olaf—, no parece mucho… Espera. —Se acercó a un armario que había en una de las paredes y sacó de él un botiquín. Se hizo con un algodón y agua oxigenada y volvió a guardarlo en su sitio—. Podéis iros, ya me encargo yo.

—No creo que debas quedarte sólo con ella —dijo Yun sin moverse —. Es muy peligrosa.

—No va a hacerme ningún daño —insistió el chico—. ¿A que no?

—A ti… no —confirmó Morgan—. Tú me caes bien.

Hiro hizo una señal a Yun y Robyn para que saliesen de la sala. Robyn se encogió de hombros y dejó la habitación. Yun todavía dudó unos instantes, no le hacía ninguna gracia dejar a su compañero con aquella hechicera. Clavó los ojos en Hiro, que asintió.

—Confía en mí, ya no puede hacerle daño —dijo él con sencillez.

Yun dio unos pasos en dirección a la puerta, pero antes de atravesarla se dio media vuelta.

—Si le haces algo, estás muerta —zanjó. A continuación, salió con Hiro pisándole los talones. El chico cerró a su espalda dejando a Olaf y a la prisionera a solas.

Si ella decidía atacar a su amigo, Yun no tendría tiempo de ayudarlo.

12
LA HISTORIA DE OLAF

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Morgan.

—Porque me caes bien, no creo que seas tan mala como quieres aparentar.

—Podría matarte con sólo chasquear los dedos.

—Podrías, pero… ¿lo harías? ¿A cuántas personas has matado?

Morgan dudó.

—A ninguna —confesó por fin—. ¿Y tú?

—A tres.

Los ojos de la joven se abrieron hasta adoptar el tamaño de dos pelotas de golf.

—No te creo.

—Ya, yo también preferiría no creerlo, pero… —Se encogió de hombros con resignación—. Es lo que hay.

Olaf buscó a su alrededor algo en lo que enganchar la mirada, la vergüenza que sentía en aquellos momentos le impedía dirigirla a Morgan. No había mucho en aquella celda que sirviese a sus propósitos, ya que se trataba de una sencilla habitación cuadrada sin ventanas con suelo de cemento y paredes pintadas de un blanco con desconchones al que ya le hacía falta un repaso. Una cama, una mesilla, una mesa con silla y un armario completaban todo el mobiliario. La luz de un fluorescente sin adornos se derramaba por la estancia poniendo de relieve la desnudez del entorno.

—Puedo traerte luego unos pósteres, creo que tengo alguno que puede gustarte —comentó Olaf curándole la herida a Morgan. Ella no se quejó cuando el algodón presionó sobre el corte.

—Cuéntame cómo mataste a esas personas —pidió ella sentándose en la silla junto a la mesa.

El chico resopló y se acercó a la cama, donde se dejó caer. Escondió la cabeza entre las manos y se hizo el silencio.

Morgan esperó con paciencia. Su rostro tenía una expresión amable, curiosa, sin rastro de maldad.

—Ya has visto en lo que me convierto —comenzó el muchacho poco después—. No siempre he sido así, de pequeño no me pasaba. Todo empezó cuando cumplí diez años… Yo vivía con mi abuela… Mi madre murió cuando yo era un bebé… Y mi padre… Bueno, la abuela dice que no pudo superar la muerte de mi madre y se adentró en el mar… Nunca regresó…

—Lo siento —murmuró Morgan.

—No lo sientas… Ni siquiera me acuerdo de ellos. No puedo echar de menos lo que no he conocido —dijo Olaf con una sonrisa triste—. Una noche me escapé de casa para ir con mis amigos a una cabaña que había en las montañas… Todo el mundo decía que estaba

encantada y, ya sabes, los niños a esa edad hacen ese tipo de idioteces… Queríamos probar nuestro valor y esas cosas. La cuestión es que no recuerdo nada de lo que pasó aquella noche, pero mis amigos murieron, los tres. Tras semanas y semanas de investigaciones, la policía dijo que había sido un animal salvaje, un oso, que yo había tenido mucha suerte… Pero vi la cara de mi abuela cuando nos dijeron eso.

—¿No te detuvieron?

—Me llevaron a comisaría, pero enseguida decidieron que un niño de diez años no podía haber sido el culpable. No se encontraron armas ni nada y las heridas de mis amigos eran demasiado brutales para haberlas hecho sin otra cosa que mis manos. Además, encontraron pelos de oso a la entrada de la cabaña y en el interior… Y marcas de dientes en los cuerpos de mis amigos… Las mordeduras y desgarros no coincidían con mi dentadura. Eran demasiado grandes.

—Podría haber sido de verdad un oso, lo mismo no lo hiciste tú —intentó consolarlo Morgan—. No creo que fueses capaz de hacer eso. Conmigo fuiste muy amable.

—Contigo estaba bajo el influjo de Yun. Si ella no hubiese utilizado su poder, lo más probable es que ahora mismo estuvieses muerta.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Morgan ignorando el último comentario de Olaf. No le hacía mucha gracia pensar que le debía la vida a la otra joven.

—Mi abuela me contó que era un berserker cambiante, heredero de Ragnar el Rojo, un rey nórdico de la Antigüedad, hijo ilegítimo de Odín y blablablá. El tipo quiso reclamarle a su padre la paternidad y emprendió un camino hasta Ásgarðr, la morada de los *æsir*. —Olaf gesticulaba con los brazos de manera muy teatral y cómica, capturando toda la atención de Morgan, que se sentía fascinada por la historia—. Ascendió hasta las cumbres más altas, cruzó los abismos más profundos, y cuando llegó hasta Odín, éste estaba de vacaciones. Ante su decepción, los enanos Brokr y Brumbr le forjaron un arma legendaria empleando una rama de Yggdrasil, el Árbol del Mundo, y un eslabón de Gleipnir, la cadena con la que Fenrir está atado para que no se coma el mundo… Fenrir es un lobo enooorme, por si no lo

sabes… También se trajo un imán para la nevera. —Ante el último comentario, Morgan emitió una carcajada divertida y ruidosa que estampó una sonrisa enorme en el rostro de Olaf—. Lo último es broma, pero es que la historia es tirando a intensita…

—Ya, ya… Es que no me lo esperaba… Continúa, por favor —pidió ella.

—La abuela me contó todo eso y yo me quedé en plan: «¿¡Qué!?». No me lo podía creer, claro… Pero la abuela me dijo entonces cómo había muerto mi madre… Ella era como yo, pero podía cambiar a voluntad, no necesitaba enfadarse ni nada de eso… Y mi madre se transformaba en lobo, no en oso como yo… Desde pequeña había jugado con una manada de lobos que habitaba en el bosque, cerca del pueblo donde vivíamos, en Noruega… Algunas noches, ella cambiaba y se marchaba con la manada a correr y a aullarle a la luna y esas cosas que hacen los lobos… Hasta que una noche no regresó. Al día siguiente, la abuela escuchó a un cazador del pueblo presumir de haber matado un lobo la noche anterior… La abuela corrió al bosque y buscó y buscó durante días hasta que dio con el animal…

—Era tu madre.

Olaf asintió.

—Si morimos en nuestra forma animal, por lo visto, nos quedamos así… Así que mi madre no tuvo entierro ni funeral ni nada de eso. Se la dio por desaparecida. La abuela pensó que yo no había heredado el poder de mi madre porque en ella se manifestó desde muy pequeña… y en mi abuela también… La abuela se convierte en oso, como yo. Además, ambas cambiaban a voluntad. Cuando pasó lo de la cabaña, mi abuela tuvo muy claro lo que había sucedido. Intentó ayudarme, pero me costaba aprender a controlarlo… De repente, un día, el Director Lennon se plantó en mi casa y me pidió que me uniese a este grupo. —Hizo un gesto abarcando la habitación, como si sus compañeros se encontrasen allí con él—. Dije que sí. Me daba miedo hacerle daño a alguien más… Aquí me prometió que entrenaríamos mucho para que yo pudiese controlarlo, aunque —suspiró—, de momento no he tenido mucha suerte.

—Hasta ahora —apuntó Morgan.

—Hasta ahora —accedió Olaf—. Me alegro de no haberte hecho daño.

—Ya, yo también. ¿Has vuelto a ver a tu abuela?

—Sí, hablamos todas las semanas y las Navidades siempre las paso con ella. Es la mejor. Insistió para que no me marchase, creía que con tiempo y trabajo podría controlar mi poder de la misma manera que mi madre y ella, pero a mí me daba demasiado miedo matar a alguien más o hacerle daño a ella. Al final, aceptó mi decisión… ¡y eso que yo era todavía un niño! Mi abuela es genial.

—Sí que lo parece.

—Ojalá pudieses conocerla, en serio. Es muy divertida y hace las mejores *krumkaker* del mundo… Son unas galletas rellenas… se pueden rellenar con lo que quieras. La abuela las hacía con chocolate o con mermelada casera y son lo mejor que he probado nunca.

—No creo que en realidad quieras que vaya a conocerla… Ya sabes, soy una prisionera… Y, bueno, tampoco es que nunca le haya gustado demasiado a nadie.

—Ya te he dicho que no pienso que seas tan mala como quieres hacernos creer.

—¿Y si lo soy?

—¿Por qué trabajas con Mordred? No sé mucho de ese tío, pero por lo que nos han contado es todo un tarado.

Morgan rio. Fue una risa seca, escueta, sin rastro de alegría en ella.

—Es la única familia que tengo —confesó—. Es la única persona que no me desprecia… Al menos, no del todo.

—Yo no te desprecio. Me caes muy bien. Tal vez pueda hablar con Lennon en tu favor…

—Vete, no quiero continuar hablando contigo —ordenó Morgan.

—¿Qué pasa? —quiso saber Olaf—. ¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, sólo quiero que te vayas. Estoy cansada.

Olaf se levantó de la cama y caminó cabizbajo hasta la puerta de la celda. Antes de salir, se giró hacia la joven.

—Mañana volveré, ¿vale? Y luego te traeré algunos pósteres para que decores esto… Y libros para que no te aburras.

—Haz lo que quieras.

El chico salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Morgan escuchó cómo echaba la llave y cerraba los cerrojos al otro lado.

Sabía lo que tenía que hacer.

Lo haría.

Sólo esperaba que Olaf no saliese herido… o algo mucho peor.

13
UN DÍA DE CLASE

Hiro atravesó las puertas del instituto como si aquel se tratase de un edificio sagrado, un templo de saber y aprendizaje como ningún otro, un paradigma de sabiduría. Miraba a su alrededor con rostro extasiado ante lo que sus ojos veían, incapaz de continuar avanzando hasta el aula en la que recibiría su primera clase… Hasta que alguien le dio un empujón por la espalda. Cuando se dio la vuelta para ver quién osaba interrumpir aquel momento de paz y devoción, se encontró con una joven rubia, muy guapa, que lo observaba con una ceja levantada y el labio superior alzado en una mueca de algo que, si no era asco, era algún sinónimo.

—¿Te vas a quedar ahí plantado todo el día? —dijo la chica—. Estás bloqueando el paso.

—No, no, perdona… —murmuró Hiro. A continuación, echó a correr para alcanzar a Olaf, que no se había dado cuenta del momento de embeleso educacional que acababa de experimentar su nuevo compañero de clase hasta unos metros más allá y lo esperaba frente a la puerta de los lavabos.

Hiro y Olaf irían juntos a clase, Yun estaba un curso por encima de ellos y Robyn acababa de empezar el primer curso en el instituto. Todos solían pasar juntos en la cafetería tanto los descansos como la hora de la comida, ya que, si algo tenían en común todos ellos, era su incapacidad para hacer amigos.

Yun era la que más lo lamentaba, pues lo había intentado. Era simpática y divertida con sus compañeros de clase e intentaba ayudarlos cuando no entendían bien algo… Pero ser una celebridad en

redes sociales tenía un precio que estaba pagando: nadie se atrevía a acercarse a ella por miedo a ser rechazado. Su belleza, su inteligencia y sus millones de seguidores constituían una barrera invisible que nadie se había atrevido a intentar traspasar… por más que ella siempre se mostrarse cercana y amigable con todos. La temían, la respetaban y la admiraban demasiado.

Robyn ni siquiera había intentado hacer amigos, no le gustaba demasiado la gente y veía a sus compañeros y compañeras de clase como demasiado infantiles y aburridos… Todos excepto tres: dos chicas y un chico, Amanda, Esme y Eric. No le caían mal del todo, estaban siempre juntos, charlando y riendo, pero ¡se los veía tan unidos! Parecían un círculo tan completo que no se había atrevido a acercarse a ellos.

Y Olaf, que a pesar de estar deseando hacer nuevos amigos, le aterrorizaba cambiar estando con ellos y que sucediese algo terrible y sangriento. Había decidido esperar hasta que pudiese controlar bien su poder para comenzar a hablar con la gente de su curso.

—¿Qué hablabas con Sara? —preguntó Olaf cuando Hiro lo alcanzó.

—¿Quién?

—Sara, ya sabes, la chica esa con la que estabas hablando… Va a primero, pero es bastante bully. Sí, muy rubia, muy guapa, muy popular, pero todos, menos las chicas de su grupo, la evitan. Durante un tiempo le hizo la vida imposible a un chaval que va a clase de Robyn… Eric, creo que se llama. Luego el chico empezó a ir con una chica nueva y lo dejó en paz. Con Robyn no se ha metido nunca, imagino que porque, en realidad, es la única a la que Sara teme un poco. Robyn puede ser terrible sólo con mirarte.

—Ah… No tenía ni idea de quién era. Se ha puesto borde porque me he parado en la puerta.

—Lo normal en ella, entonces —resopló Olaf—. Bueno, ¿qué te parece todo esto?

—¡Es genial! —exclamó Hiro emocionado—. ¡Nunca había estado en un instituto y esto es genial! La gente, las aulas, el edificio… ¡Todo!

—Debes de ser el primer adolescente al que le gusta ir a clase —dijo Olaf con una carcajada, aunque estaba encantado de, por primera vez,

poder contar con un amigo en su propia clase.

Siguieron avanzando por los pasillos. Olaf iba explicándole a su amigo los entresijos y secretos de aquel edificio llamado instituto. Le mostró dónde estaban los baños, la cafetería, el salón de actos y, por supuesto, las taquillas, que se encontraban una junto a la otra y donde podrían dejar los libros y cosas que no necesitasen para la primera clase de la mañana. El Director Lennon le había proporcionado antes de salir del complejo de la Organización todo el material que utilizaría durante esos días e Hiro había estado cargando con una mochila enorme hasta ese mismo momento. Ambos abrieron las puertas de sus taquillas y dejaron las cosas que no iban a necesitar.

Al cerrar la suya y darse media vuelta para seguir a Olaf hasta el aula —acababa de sonar el timbre que anunciaba el comienzo de la primera clase del día—, Hiro se encontró de cara con una chica.

Una chica que le resultaba muy familiar.

Una chica a la que había conocido hacía algunos meses en Japón. Gracias a que ella había recuperado la espada de las Diez Mil Noches Frías, habían conseguido vencer juntos al Clan del Orochimaru.

Una chica con la que había hablado apenas hacía un par de días, cuando Yun, Robyn y Olaf habían aparecido en su aldea.

Una chica a la que estaba deseando ver, pero a la que no había esperado encontrarse aquel mismo día porque se suponía que estaba en una misión.

Una chica por la que Hiro sentía algo y, por suerte, era recíproco.

Una chica que lo reconoció y que no pudo evitar un gesto de sorpresa y alegría.

Hiro miró a la derecha de la chica y se encontró con un muchacho pelirrojo, pecoso y con gafas al que también reconoció y que le devolvió la mirada con el mismo rostro sorprendido y feliz que la chica.

—¡Hiro! —exclamó ella con una sonrisa amplia, sincera y emocionada—. ¿Qué haces aquí?

La joven se lanzó a su cuello y lo abrazó con fuerza.

—¡Amanda! ¡Eric! —exclamó Hiro incapaz de decir nada más. Al verlos, se había dado cuenta de lo mucho que los había echado de

menos, de las ganas que tenía de abrazarlos y hablar con ellos.

—Tenemos que irnos, la clase va a empezar… —comenzó a decir Amanda que rompió el abrazo y comenzó a alejarse por el pasillo—. ¡Te vemos en el descanso! ¡Espéranos en la cafetería!

—Sí… Sí… ¡Hasta luego! —Hiro estaba clavado en el sitio con una sonrisa tirando a estúpida tatuada en el rostro y agitando la mano en el aire. Cuando los perdió de vista, sintió los ojos de Olaf clavados en él—. ¿Qué? —preguntó sintiendo como su cara se ponía roja.

—Nada. Es que…, ¿quién es? O sea, sé quién es… Sé quiénes son los dos, Robyn me ha hablado de ellos —replicó Olaf entornando los ojos. En sus labios se había dibujado una mueca pilla—. Lo que no sé es de qué la conoces tú…

—Es una historia muy larga…

—Pues me la cuentas después de clase. ¡Corre! ¡Que llegamos tarde!

Los dos corrieron por los pasillos en dirección al aula de Ciencias. Hiro dudaba de cuánto podría contarle a Olaf, pero en el fondo deseaba contárselo todo. Creía que podía confiar en él, estaba deseando confiar en él. Llevaba tanto tiempo guardándose lo que sentía que necesitaba poder hablar con alguien y Olaf le gustaba. Le caía bien.

Antes de sentarse en su pupitre, Hiro ya había decidido que se lo contaría todo.

14
UNA VERDAD INCÓMODA

Vale, ¿me vas a contar de qué conoces a esos dos? —Olaf se había sentado de lado en su pupitre, situado delante del de Hiro, para mirarlo. Uno de sus brazos se apoyaba en el respaldo de la silla, el otro en su propia mesa. Apenas acababa de sonar el timbre que anunciaba el final de la primera clase y ya lo estaba interrogando—. Si quieres, claro. Si no quieres, nada, no me lo cuentes —añadió, pero sus ojos, brillantes y pícaros, delataban que estaba deseando saberlo.

—Tienes que prometerme que no les dirás nada ni a Yun ni a Robyn, al menos de momento. Tengo la sensación de que antes o después vais a conocerlos también vosotros.

—Te lo prometo.

—Conocí a Amanda en Japón. ¿Recuerdas que os hablé de la heredera del culto de Maat? Ella me ayudó a derrotar a los Orochimaru.

Hiro guardó silencio. Olaf lo miraba con fijeza, todavía sin terminar de entender lo que le acababa de confesar su nuevo amigo, esperando a que continuase con el relato.

Unos segundos después, Hiro levantó las cejas y abrió las manos enseñando las palmas, preguntándole sin palabras qué le parecía lo que acababa de escuchar. Olaf torció la cabeza como un cachorro extrañado, todavía sin comprenderlo.

Entonces se dio cuenta. Sus ojos se convirtieron en dos círculos perfectos, enormes y azules.

—¡No! —exclamó Olaf.

—Sí —confirmó Hiro.

—¿Era ella? Pero ¿cómo? Si es de lo más normal… No se mete con nadie, saca buenas notas… Es un poco rara, no se junta con nadie, pero eso es todo… Y su amigo… ¿También?

—¿Eric? —A Hiro se le escapó una carcajada—. No, no. Eric sólo es alguien muy inteligente, sensato y valiente. Haría cualquier cosa por Amanda. —Hiro dudó antes de continuar, había otra cosa que quería contarle a Olaf, pero no las tenía todas consigo. No sabía si el chico podría sentirse ofendido. Tras unos instantes de darle vueltas, prosiguió—: Hay algo más… Cuando hablé con ella… Ya sabes, al conoceros a vosotros en mi aldea, me dijo que tuviese mucho cuidado con Lennon… Ese hombre la secuestró… Eric la rescató con ayuda de Paula, la tía de Amanda. El Director se disculpó con ella y Amanda está dispuesta a ayudarlo si lo necesita, pero no confía demasiado en él.

—¿Por qué será que no me sorprende…? Yun y yo tampoco nos fiamos mucho de él. Robyn… Bueno… —suspiró—. Robyn es otra historia. Lennon la sacó de las calles siendo todavía una niña… Tiene una fe ciega en él, lo adora, lo venera, lo admira… Es mejor que no hables mal de él delante de Robyn…

—No lo haré.

Los ojos de Olaf se entornaron y una sonrisa pícara se dibujó en su rostro sólido.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Acabas de hacerlo.

—No, me refiero a algo más —aclaró Olaf al darse cuenta de que su nuevo amigo estaba tomándole el pelo. Hiro hizo un gesto con la mano para invitarlo a hacer su pregunta—. Vale, he visto cómo la mirabas antes… Esta chica te gusta, no lo niegues.

—Eso no es una pregunta, es una afirmación. —Olaf puso los ojos en blanco y resopló—. Pero no lo niego. Sabía que vivía en esta ciudad… No sabía que estudiaba en este mismo instituto y pensaba que estaba en una misión. La verdad es que no esperaba encontrármela hoy… Cuando murió mi abuelo, su tía y ella me ofrecieron venir a vivir aquí con ellas… Yo necesitaba algún tiempo y dije que no, pero ahora…

—¿Ahora?

—Ahora no sé, estáis vosotros, están Eric y ella. Ahora…, no sé. Tengo que pensarlo.

Hiro miró a su alrededor y se dio cuenta de que el aula se había quedado vacía.

—Oye, ¿no deberíamos ir yendo a la siguiente clase?

Olaf miró el reloj y, de nuevo, sus ojos se abrieron en un gesto entre sorprendido y aterrorizado.

—¿¡Es esta hora!? Madre mía… Más nos vale correr, el de Mates es un orco. Yo creo que si lo dejasen nos arrancaría la piel y se haría una cartera con ella. No quieres que se fije en ti… En serio, no quieres. Yo, desde luego, no quiero.

—Pues volemos —dijo Hiro recogiendo los libros, cuadernos y bolis y echándolos de manera apresurada en la mochila.

Salieron del aula y corrieron de nuevo por los pasillos.

—¡Hiro! ¡Aquí!

Amanda y Eric se encontraban en una de las mesas de la cafetería acompañados por otra joven. Ambos agitaban la mano para llamar su atención mientras la otra chica lo miraba con curiosidad.

Hiro se disculpó con Olaf y se dirigió a donde estaban Amanda Black y Eric, que se levantaron para abrazarlo.

—¡Qué fuerte! —exclamó Eric con una sonrisa tatuada en sus rasgos pecosos—. ¡Eres la última persona que esperaba encontrarme aquí! Espera, que os presento…

Eric le presentó a la otra muchacha, Esme.

—Me han hablado mucho de ti —dijo ésta con una sonrisa—, sobre todo Amanda. Habla mucho de ti, es casi como si ya te conociese de todo lo que me ha contado.

Amanda le dio un codazo a su amiga y su mirada se entretuvo en el suelo de la cafetería, interesadísima en aquellas baldosas grises. Tenía las mejillas enrojecidas como si hubiese estado corriendo durante toda una hora al límite de sus fuerzas.

Si hubiese mirado a Hiro, se habría dado cuenta de que el rostro del chico también había adquirido un tono parecido, similar al de un turista expuesto durante demasiado tiempo al sol.

—A mí también me han hablado mucho de ti —dijo Hiro reponiéndose—. Sobre todo Eric.

Fue el turno de Esme de sonrojarse y bajar la mirada.

—Siéntate con nosotros —le pidió Eric notando la incomodidad de sus amigos—. Si no has traído almuerzo, puedo compartir el mío contigo. Mi madre me alimenta como si fuese un mamut.

—No, tengo dinero para pillar algo. No os vayáis, enseguida vuelvo.

Hiro se alejó en dirección al mostrador de la cafetería, donde Yun, Robyn y Olaf esperaban su turno para pedir sin separar la mirada del chico.

—¿De qué los conoces? —preguntó Yun entornando la mirada cuando Hiro estuvo junto a ellos.

—Ah, bueno… —Hiro cambió el peso de un pie a otro y se pasó una mano nerviosa por el cabello negro—. Su familia y la mía son amigas.

—Ya, y yo soy un pez —replicó Robyn con una risilla—. Todos hemos visto cómo la miras y que te has puesto rojo por algo… No sabemos por qué, pero te has puesto rojo.

—Dejadlo en paz, os lo contará cuando tenga que contároslo —intentó defenderlo Olaf.

—¡Tú lo sabes! —Yun miraba a su compañero con estupor—. ¿Por qué lo sabes?

—Porque se lo he contado… A ver, es la heredera de la que os hablé, la del culto de Maat.

—¡No! —exclamaron Yun y Robyn a la vez.

—Sí.

Las dos chicas miraron de nuevo a Amanda Black con renovado interés.

—Tal vez deberíamos decirle algo al Director Lennon sobre ella —sugirió Robyn.

—Ni te molestes. —Yun no separaba los ojos del grupo de la mesa, atando cabos. Así que Amanda era aquella otra heredera a la que había estado vigilando Lennon, aquella de la que ella, con todos sus medios, no había sido capaz de averiguar nada. La había tenido siempre delante de las narices y no se había dado ni cuenta. Sonrió con incredulidad y sacudió la cabeza—. Creo que ya se lo ofreció y

ella rechazó la oferta.

Yun era toda una maestra del espionaje y sabía que, hacía algunos meses, Lennon había contactado con la heredera a la que llevaba tanto tiempo siguiendo. De nuevo, la joven había fallado a la hora de ponerle nombre, pero sí había conseguido averiguar que la chica se había negado a trabajar para la Organización.

Hiro asintió.

—¿Por qué? —quiso saber Robyn.

Olaf lanzó una advertencia silenciosa a Yun y a Hiro que ambos entendieron a la primera: «No habléis mal de Lennon, no le contéis la verdad».

—Tiene fama de ser muy buena —dijo Yun moviendo una mano en el aire, un gesto muy suyo, como para disipar cualquier mal rollo.

—Eso… y que trabaja mejor con su propio equipo —añadió Hiro—. ¿Ves al chaval pelirrojo?

—Sí, Eric. Los dos están en mi curso, a mí me caen muy bien, pero van a su aire —se lamentó Robyn.

—Bueno, pues ese chico es un prodigio de los ordenadores… Además de ser su mejor amigo, claro. Viaja con Amanda a todas partes. Además, cuentan con la ayuda de la tía abuela de Amanda, Paula, que tiene los mismos poderes que su sobrina. Luego están lord Thomsing, que pertenece a una antigua familia de aventureros y exploradores, y Benson, el mayordomo de la familia… Un tipo muy interesante…

—¿Tienen mayordomo? —se asombró Robyn.

—Algo así… En realidad, por lo que me ha contado Amanda, es uno más de la familia. Participa en todas las decisiones y la aconseja… Es complicado de explicar.

—¿Y Esme? —preguntó de nuevo la niña—. ¿También es una heredera? Es muy amable conmigo y me cae muy bien…

—No, ella es su amiga… Por lo que Amanda y Eric me han contado, no sólo lo sabe todo sobre ellos dos, además, es la novia de Eric.

—Me encantaría conocerlos, pero no me atrevo… —confesó Robyn —. Me da no sé qué acercarme a ellos. Van siempre juntos y no hablan con nadie más.

—¿Quieres que te los presente? —preguntó Hiro.

—¿Lo harías?

—¿Te parece que quedemos con ellos hoy después de clase? Puedo preguntarles si quieres, pero a las siete tenemos que estar en el complejo para el entrenamiento, ¿vale?

—¡Eso sería genial! —Robyn dio un salto y lo abrazó con mucha fuerza—. ¡Hiro, eres el mejor! ¡Muchas gracias!

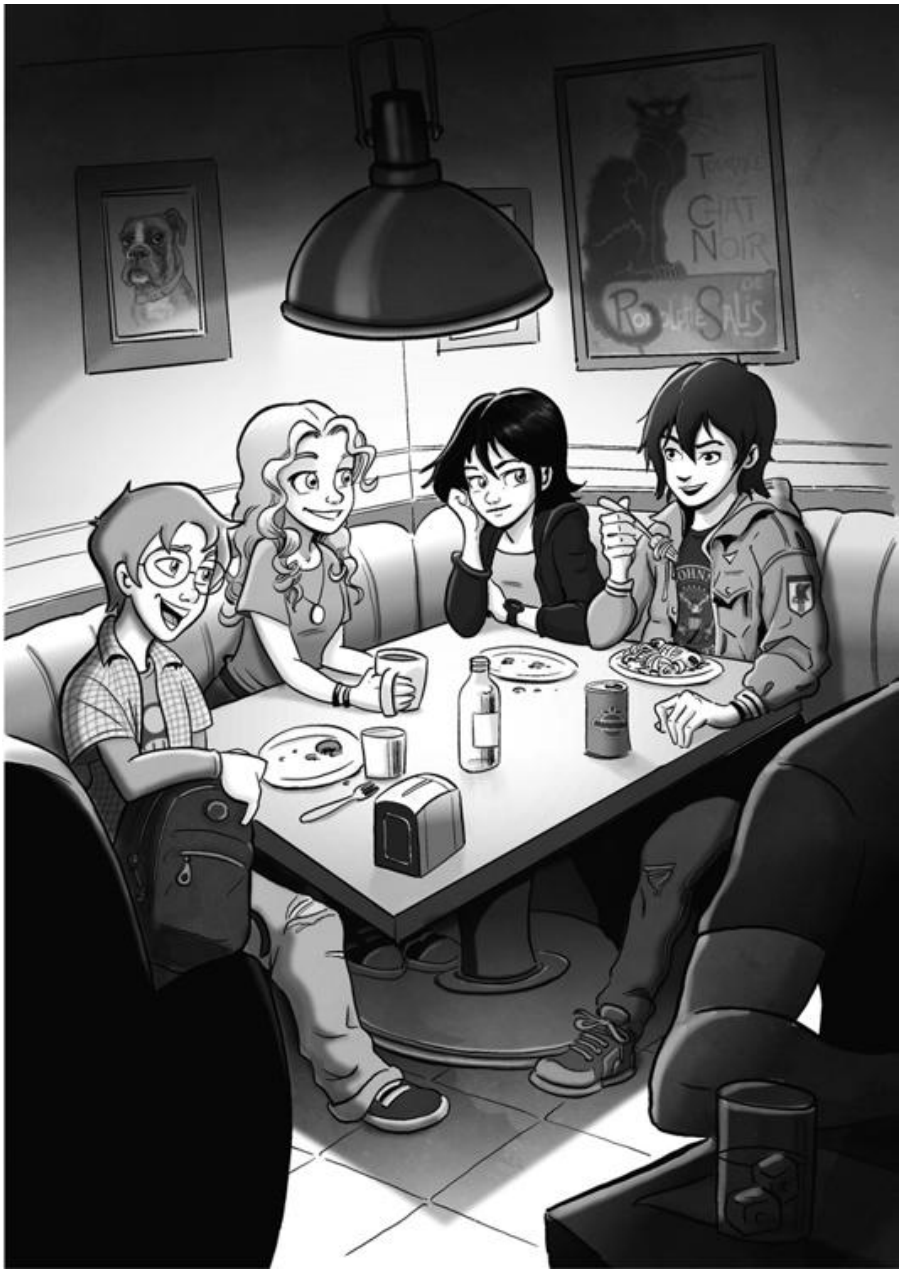
El chico pidió el almuerzo todavía con una sonrisa enorme en los labios y regresó a la mesa en la que se encontraban Amanda, Eric y Esme. Lo esperaban deseosos de preguntarles quienes eran aquellos chicos con los que había estado hablando.

—¿Quiénes son aquellos chicos con los que has estado hablando? —disparó Amanda nada más sentarse el joven. Hiro miró a Esme antes de contestar—. Ah, Esme lo sabe todo de nosotros, puedes hablar sin problemas —aclaró.

—No te enfades, les he dicho quién eres… Son el grupo de herederos que os comenté. La alta es Yun, el chico es Olaf y la pequeña es Robyn, que, por cierto, se muere por conoceros…

—Sí, a Robyn la conocemos, está en nuestro curso —dijo lanzando al grupo una mirada de renovada curiosidad—. No te preocupes por habérselo dicho, no pasa nada… Pero al tema: ¿has averiguado algo? —preguntó Amanda.

—Nada, Lennon dice que os entregará la magatama cuando acabe con ella… Me ha asegurado que no piensa utilizarla, aunque… Bueno, yo tampoco confío mucho en él por lo de tu secuestro y todo eso. —Hizo una pausa—. Mirad, creo que estaba siendo sincero. También creo que tiene un plan. No consigo imaginar siquiera cuál es, pero creo que lo tiene.



—No entiendo nada —murmuró Amanda—. La tal Morgan esa robó una magatama falsa… y él lo sabe…

—Yo sí que no entiendo nada —se quejó Esme con una mueca divertida.

—A ver, es un poco lioso, pero te hago un resumen —le explicó Eric a Esme bajando la voz para que nadie pudiese escucharlos—. Amanda

le dio la localización de la magatama a Lennon después de hablar con Hiro, ya sabes, la piedra mágica que te conté… El tío fue a por ella ese mismo día y, como Hiro estaba sobre aviso, no le impidió llevársela. El tipo dejó una falsa en lugar de la auténtica… El jaleo viene después, cuando llega otra chica, Morgan. Justo cuando se está llevando la falsa, la capturan los tres herederos estos, que están bajo el mando de Lennon. Un lío… Porque enseguida Hiro se dio cuenta de que ellos no tenían ni idea de que la magatama que estaban recuperando era falsa. Lennon no les ha dicho nada, *nothing, niente, rien de rien*… Así que no tenemos ni idea de qué está tramando ese hombre.

—¿Lennon no te ha dicho nada más? —le preguntó Amanda a Hiro.

—No, sólo eso, que te la dará cuando acabe con ella… Eso y que si me quiero unir a su grupo.

—¡Qué fuerte! —se emocionó Eric—. ¿Y qué has dicho?

—Que no…

—¡No! ¿Por qué? —lo interrumpió Amanda, que estaba deseando que Hiro y ella viviesen en la misma ciudad. Le gustaba mucho aquel chico y le encantaba la idea de poder verlo más a menudo.

—No me has dejado acabar —rio Hiro—. Le he dicho que no, pero la verdad es que me lo estoy pensando… Me gustan mis compañeros, sobre todo Olaf, y creo que podría serles de ayuda. Bueno, y así no estaría tan solo… y… podría veros. —Al decir las dos últimas palabras, Hiro miró a Amanda dejando claro que a la que más ganas tenía de ver era a ella.

—Vernos. Ya… —replicó Eric sin disimular su escepticismo—. Te refieres a que así podrías ver más a Amanda, ¿no?

—La verdad es que me gusta más su cara que la tuya —contraatacó Hiro dándole un empujón suave—, pero a ti también te he echado de menos, idiota.

—Venga, centraros, que se acaba el descanso… —pidió Amanda sonrojada de satisfacción. A pesar de sentirse más feliz que en mucho tiempo, el trabajo era trabajo. Había un artefacto con mucho poder y muy peligroso dando vueltas por ahí y necesitaba saber qué iba a pasar con él—. ¿Les vas a decir a ellos lo de la magatama falsa?

—No lo sé… La única que confía en Lennon es Robyn. Olaf y Yun…

Bueno, ellos tienen sus dudas al respecto. No creo que deba decir nada hasta que no sepa algo más. Si Lennon tiene un plan, no quiero ser yo el que lo fastidie. Esperaré a descubrir algo o hablaré con él.

—¡Qué fuerte todo esto…! Por otro lado, ¿podemos quedar hoy después de clase para ponernos al día? —preguntó Eric—. Nos tienes que contar un montón de cosas.

—¡Claro! Me parece una idea genial, ¿pueden venir… ya sabéis…? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa en la que se encontraban Yun, Robyn y Olaf. Se dio cuenta de que habían estado todo el rato vigilando sus movimientos. Robyn miraba expectante, Yun con desconfianza y Olaf lleno de curiosidad.

—¡Sí, claro! En realidad, estamos deseando conocerlos —dijo Amanda emocionada—. Desde que Lennon nos contó que había más personas como yo en el insti, hemos estado fijándonos en todo el mundo para descubrir quiénes eran.

—¿Cuándo fue eso? No tenía ni idea de que lo sabíais.

—Fue… —Amanda hizo memoria—. Ah, sí… Cuando me devolvió los viales con mi sangre después de secuestrarme. Hace meses ya.

—¿Y lo habíais averiguado? —quiso saber Hiro.

—Ni de cerca. Ni uno de ellos. Estábamos perdidísimos —confesó ella con una risa.

—Luego os los presento. La verdad es que me caen muy bien los tres. Pero no les digamos nada de Lennon, ¿vale? Y portaos bien con Robyn, le hace mucha ilusión conoceros. Le caéis muy bien, pero nunca se ha atrevido a acercarse a vosotros. Le da vergüenza.

—Trato hecho, seremos buenos con ella —confirmaron Amanda, Eric y Esme.

Poco después, sonó el timbre que anunciaba el comienzo de las clases de la tarde. En un par de horas, serían libres de aquella cárcel llamada instituto, aunque a Hiro aquel primer día le había parecido genial. Estaba deseando que Amanda y Eric conociesen a los otros, pero también le daba miedo que no se cayesen bien.

Ni se imaginaba que pocas horas después ése sería el menor de sus problemas.

15
LA HISTORIA DE ROBYN

—Tenéis que volver de inmediato.

Yun escuchó las palabras del Director Lennon con gesto de fastidio.

Hacía apenas una hora y media que habían acabado las clases y el grupo se encontraba en una cafetería cercana al instituto con Amanda, Eric y Esme. Estaban conociéndose, compartiendo anécdotas de clase y riéndose. Se sentían bien, alegres, despreocupados, haciendo lo que hacen los chicos y chicas de su edad que no poseen poderes especiales… Y eso no era algo que hiciesen muy a menudo.

Mientras atendía la llamada de Lennon, Yun observaba a Robyn, que charlaba de manera animada con Amanda. Las dos parecían llevarse muy bien. Por fin, Robyn parecía haber dejado a un lado esa coraza de dureza e impasibilidad que siempre llevaba puesta y la había cambiado por la piel de una niña de trece años que está disfrutando de un buen rato con tres personas de su clase. Tres personas a las que hacía mucho tiempo que quería conocer.

Le sentaba bien esa piel, con la sonrisa, las bromas y la naturalidad que conllevaban. La niña no tenía amigos de su edad y eso dificultaba que se abriese a los demás. Tal vez ahora, con Amanda y sus amigos, tuviese una oportunidad de sacar a la luz a una Robyn más abierta, a una que no le diese miedo mostrar sus emociones por temor a que la considerasen la más débil del grupo, a una Robyn más feliz y segura.

Amanda había caminado con ella hasta la cafetería y habían tenido oportunidad de charlar sobre ellas mismas.

—¿Cómo descubriste tus poderes? —preguntó Robyn.

—Cuando cumplí trece años, recibí una carta de mi madre en la que

me explicaba todo… También recibí una mansión que se caía a pedazos, pero si la comparamos con la caja de zapatos en la que vivíamos mi tía y yo, es una maravilla.

—¿Y qué poderes tienes?

—Buf —resopló Amanda—. A ver, resumiendo: tengo una fuerza, velocidad, agilidad e inteligencia sobrenaturales. Aunque eso último es muy relativo, yo creo que Eric es mil veces más inteligente que yo. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú? Cuéntame cosas de ti. Siempre te he visto en clase y me parecías muy reservada… A veces hemos querido invitarte a comer con nosotros, pero siempre estabas rodeada por los mayores.

—Bueno, ya has visto que había una buena razón para estar con ellos —rio Robyn—. Yo me moría de ganas de conoceros. ¿Qué quieres saber sobre mí?

—Vale, empecemos por tus poderes.

—Bien, eso es fácil —dijo Robyn—. Soy heredera de Robyn Hood, ya sabes, el famoso forajido que robaba a los ricos para dárselo a los pobres… Y mis poderes… O mejor dicho, mi poder es la puntería. Donde pongo el ojo, pongo lo que sea que quiera arrojar en esa dirección, aunque mi arma favorita es el arco. Y las sartenes, también me gustan mucho las sartenes. Bien utilizadas son armas de destrucción masiva.

—¿Cómo acabaste en la Organización?

—¿Cómo sabes de ella? —Robyn se detuvo sorprendida—. En teoría es supersecreta.

—Lennon… Digamos que quiso que me uniese a vosotros…

—¿Y dijiste que no? ¡Pero si Lennon es genial! —la interrumpió Robyn—. ¿Sabes que me salvó de la muerte? —Amanda guardó silencio en lo que esperaba que fuese una invitación a continuar—. Sí. Mis padres me abandonaron en un orfanato cuando yo era muy pequeña… Me escapé de aquel lugar con seis años. No estaba mal, pero no era para mí. Estuve viviendo en las calles de Londres durante mucho tiempo. Comía sobras de basuras y me vestía con lo que encontraba y cosas así. Solía huir de los adultos porque sabía que volverían a llevarme al orfanato, pero él… —Los ojos de la niña

comenzaron a brillar con las lágrimas que peleaban por salir.

—No sigas si no quieres —dijo Amanda pasándole un brazo por los hombros.

—Sí, sí quiero. Ellos no lo entienden, no confían en el Director, pero no saben que cuando me encontró yo estaba a punto de morir. —Robyn se recompuso—. Había sido un invierno muy duro, con nevadas y temperaturas bajo cero todos los días. Era difícil encontrar comida, no se tiraba mucha porque había una crisis económica y los que vivíamos en la calle lo teníamos todavía un poco más complicado para comer. Y yo era una niña, a pesar de mi puntería era muy débil, y las sartenes no crecen en los árboles, no podía defenderme. Me robaban la poca comida que conseguía y, un día, me robaron todo lo que poseía, que tampoco era mucho: un abrigo muy calentito que tenía, unas botas tres tallas más grandes y mi osito Bunny… Lo tenía desde siempre, pero también se lo llevaron.

—Y yo quejándome porque mi tía y yo teníamos muchas dificultades para comer… Apenas una sopa de cebolla al día era todo lo que podíamos permitirnos, pero lo tuyo… Lo siento, ningún niño ni ninguna niña tendría que pasar por esas cosas.

—Llegó un momento en el que me rendí. Tenía ocho años, llevaba

dos en la calle y estaba cansada de vivir. —Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y Amanda se las limpió con delicadeza—. Espera…, no quiero que los demás me vean llorar.

—No te preocupes, no lo verán… ¡Eric! —llamó Amanda en apenas un susurro. El chico, que caminaba con Esme un poco hacía la derecha de ellas la miró y ella hizo un gesto con la cabeza que él entendió a la primera. La pareja se interpuso entre las dos niñas y el resto del grupo, que caminaba unos metros por delante.

Poco después, Robyn controló el llanto y pudo seguir hablando.

—Me tumbé en el suelo de un túnel que había en un parque y me quedé allí para morir. —Amanda meneó la cabeza, enfadada, rabiosa con el mundo—. Lennon me encontró, me dio un hogar y me cuidó hasta que me recuperé… Nunca me obligó a formar parte de la Organización. De hecho, él no quería que me involucrase, pero yo insistí. Él sabía quién era yo, me dijo todo lo que sabía sobre mí, sobre mis padres… Todo. También me recordó que yo ya había visto bastante maldad para una vida y que, si me unía al grupo, vería todavía más. Me dijo que podía adoptarme e intentaría hacer todo lo posible para que yo tuviese una vida normal, feliz y sobre todo, segura…

—Y, aun así, te uniste.

—Es la única forma que tengo de pagarle lo que hizo por mí.

—Lo mismo él no quería que le pagases.

—Pero yo sí quiero hacerlo. Tengo esta puntería y algo tendré que hacer con ella. Vamos, digo yo… Tú también podrías haber dicho que no a lo que haces —añadió—, ¿o no te dieron a elegir?

—Sí, la verdad es que sí me permitieron elegir. Es más, mi tía no quería que lo hiciese, pero… no sé. —Amanda volvió a encogerse de hombros—. Supongo que tienes razón, tenemos estos poderes y algo tendremos que hacer con ellos. También imagino que el que mi tía y Lennon no quieran que hagamos lo que hacemos sólo significa que nos quieren.

—Parece un trabalenguas —rio Robyn.

—Pero me has entendido. —Amanda le dio un codazo suave.

—Sí, lo he hecho —asintió la niña.

Cuando llegaron a la cafetería, Robyn se sentía liberada de un peso enorme. Con sus compañeros no podía, no quería hablar de aquellos temas, le daba miedo parecer débil ante ellos. Pero con Amanda le había salido natural, igual que confiar en ella. Creía que podrían llegar a ser buenas amigas.

Pidieron tartas y refrescos y disfrutaron todos de los nuevos amigos que habían hecho gracias a Hiro… Hasta que la llamada de Lennon había saltado en la pantalla del móvil de Yun.

—¿Sucede algo, Director? —preguntó Yun. El tono del hombre había sido perentorio, seco. Una orden ladrada que no admitía discusión.

—Sí. Es Morgan.

Cortó la llamada sin dar más explicaciones. Yun se volvió hacia sus compañeros con gesto serio.

—Chicos, se acabó lo de ser normales… —dijo—. Nos necesitan en el complejo.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —quiso saber Olaf poniéndose en pie.

—Lo único que sé es que tiene que ver con Morgan —replicó Yun.

—¿Necesitáis que vayamos? —le preguntó Amanda a Hiro.

—No lo sé, por si acaso, no te alejes mucho del móvil.

Cuando los chicos abandonaron la cafetería, ya había un coche negro esperándolos en la puerta. Se despidieron de Amanda, Eric y Esme con una mirada triste y entraron en el vehículo.

El automóvil partió a toda velocidad por las calles de la ciudad, acercándolos con cada segundo que pasaba al caos y a la destrucción que se habían desatado en la Organización durante su ausencia.

16
UNA FUGA

Algo no iba bien.

O, mejor dicho, algo iba terriblemente mal.

Se dieron cuenta nada más poner un pie en el edificio.

Los pasillos, blancos, impolutos, estaban desiertos, lo que no era normal a aquellas horas del día. Sólo por la noche aquellas oficinas, salas y corredores quedaban en silencio. Aun así, siempre había soldados pertenecientes al pequeño ejército con el que contaba la Organización recorriéndolos, vigilando que todo estuviese en orden.

El grupo avanzó con cautela y sin hacer ni un sonido que pudiese delatar su posición hasta la primera puerta. Yun se adelantó y la abrió despacio, lista para retroceder si había alguien al otro lado dispuesto a atacarles.

Asomó la cabeza con cautela.

—Chicos —murmuró entrando en la sala—, aquí está pasando algo muy malo.

Los otros tres la siguieron al interior.

En el suelo, tirados como peluches mordisqueados y olvidados por un cachorro, yacían los agentes que trabajaban en aquel departamento.

—¿Están muertos? —preguntó Robyn sin atreverse a acercarse a comprobarlo ella misma.

Hiro se aproximó al empleado más cercano y se agachó a su lado para tomarle el pulso en el cuello.

—No. Parece que está… dormido —dijo.

Fueron a la siguiente sala y encontraron un paisaje que, si no era

igual, era muy parecido.

—Pero ¿qué ha podido causar esto? —quiso saber Olaf.

—Una droga, un gas… algo así. —Yun miraba a su alrededor intentando encontrar pistas que le indicasen qué había ocurrido. Acercó un aparato a una taza que había sobre uno de los escritorios de la sala y apretó un botón.

—No hay rastro de drogas o venenos —confirmó, aproximándose a un conducto de ventilación y acercando de nuevo el aparato—. Y tampoco de ningún gas.

—¿Qué es eso? —preguntó Hiro.

—¿Este chisme? Lo he inventado yo. Resumiendo, lo que hace es ver si en el aire y los líquidos hay rastros de drogas, gases, venenos y cosas así. Y, por lo que parece, no hay ni gases ni drogas ni nada… Esto lo ha causado alguna otra cosa. Hiro, ¿podría ser un hechizo?

—Podría serlo. Yo puedo hacer algo así utilizando la magia del sapo, pero tengo que ver a la persona a la que se lo hago… Si es un hechizo, es muy potente, porque parece que ha afectado a todo el personal.

—¿Qué queréis que hagamos? —Yun miraba a sus compañeros con expectación.

Hiro dio un paso adelante y se colocó en el centro del grupo.

—Creo que no debemos separarnos. Por lo que te ha dicho Lennon, tenemos que asumir que esto lo ha hecho Morgan… Si es así, es mucho más poderosa de lo que imaginábamos. Tenemos que dar con ella y atraparla.

—Pero podemos hacerle daño… —Olaf se resistía a creer lo que estaba escuchando.

—No, Olaf —lo interrumpió Hiro—. Si puede hacer esto, puede hacer cualquier cosa. Nos ha engañado. Más nos vale encontrarla antes de que nos encuentre ella a nosotros.

—¿Y por dónde empezamos?

En ese momento, escucharon una voz por los altavoces de la sala en la que se encontraban.

—Venid a mi despacho. —Lennon lo había susurrado, no obstante, de nuevo se trataba de una orden indiscutible.

Avanzaron por los pasillos hasta el ascensor que bajaba a los sótanos, donde se situaba el despacho del Director. Pulsaron la clave que les permitiría descender y se prepararon. Dos a cada lado, protegiéndose en el estrecho espacio que quedaba entre las paredes de la cabina y la puerta.

Salieron al pasillo.

Las luces tintineantes de los fluorescentes del techo, algunos colgando de un triste cable, les hizo pensar que allí había tenido lugar una pelea.

Otra pequeña pista fue el número de cuerpos tirados, algunos ensangrentados, que vieron a lo largo de todo el corredor.

Sí.

Allí había tenido lugar una lucha.

Y, por lo visto, había una clara ganadora: Morgan, ya que no vieron ni rastro de ella.

—¿Están muertos? —Robyn estaba de nuevo preocupada por todos aquellos hombres y mujeres—. Lo digo porque algunos están sangrando —aclaró.

—Acércate a uno y lo compruebas —dijo Yun.

—¡Ay! Me da un poco de *cringe*… ¿Y si resulta que está muerto? —Tan sólo de pensarlo, consiguió que la niña se frotase las manos en los pantalones con fiereza.

—Vale, déjalo, ya lo compruebo yo —resopló Yun poniendo los ojos en blanco.

Se acercó al primer cuerpo, era una mujer. El uniforme negro tenía un desgarrón en la pernera derecha a través del cual se podía ver un enorme tajo todavía sangrante.

—A ver, está viva… Pero esa herida sangra mucho.

La joven se quitó el cinturón y fue a hacerle un torniquete. Hiro la detuvo, se arrodilló junto a la agente y cerró los ojos. De la punta de sus dedos comenzó a surgir la ya familiar neblina plateada que recubrió la herida consiguiendo detener la hemorragia.

—No va a aguantar mucho, pero de momento es todo lo que puedo hacer —dijo el chico—. Esta gente necesita ir a un hospital cuanto antes.

—Tenemos que ayudarlos —se lamentó Robyn—. ¿Puedes hacer algo por los demás, Hiro?

—Tendría que ir uno a uno… No hay tiempo, son demasiados… y debemos llegar cuanto antes al despacho de Lennon.

—Pero ¡podrían morir! —exclamó la niña.

Hiro se acercó a ella y posó una mano en su hombro.

—Lo sé, pero ahora es más urgente dar con Morgan. No podemos permitir que escape sabiendo de lo que es capaz.

Robyn entornó los ojos y los labios se le contrajeron hasta mostrar los dientes en una mueca de rabia.

—Cuando la encuentre, se va a cag…

—¡No! —interrumpió Olaf—. Prometedme que vais a intentar no hacerle daño. En serio, creo que no está todo perdido con ella. Creo que no quiere trabajar con Mordred.

—¡Mira a tu alrededor, Olaf! ¡Despierta! —Robyn se había acercado a él y le gritaba a pocos centímetros del rostro. Para conseguirlo tuvo que ponerse de puntillas, ya que el muchacho era mucho más alto que ella.

—Ya está bien, Robyn —ordenó Yun seca—. Baja la voz, es posible que se te haya olvidado que lo que queremos es no llamar la atención de Morgan y, con tus gritos, puede, sólo puede, que no lo estemos consiguiendo. Olaf, te prometo que intentaré no hacerle daño… Y, aunque quisiera, mi poder no le afecta.

—Yun, ayúdame a no hacerle daño —suplicó Olaf—. Ya sabes, usa tu poder conmigo, por favor.

La joven asintió.

—Yo también te prometo intentar no hacerle daño —dijo Hiro.

Robyn emitió un gruñido y asintió a regañadientes. Si todos accedían a la petición de Olaf, a ella no le quedaba más remedio que ceder.

—Vamos, ya estamos cerca —les metió prisa Yun—. Seguidme. A poder ser, en silencio —remarcó mirando a la más joven.

Continuaron avanzando por los pasillos del complejo hasta el despacho del Director Lennon. Una vez allí, dudaron antes de entrar.

—¿Y si es una trampa? —sugirió Robyn—. Lo mismo ella está ahí

dentro y nosotros vamos a ponérselo muy fácil, puede que demasiado.

No les dio mucho tiempo a pensar sobre ello, ya que la puerta se abrió de repente pillándoles desprevenidos a todos.

17
UNA BÚSQUEDA

Observaron el interior del despacho, en completa oscuridad. A continuación, se miraron entre sí intentando averiguar si alguno tenía el valor necesario para dar el primer paso. Todos preferían que fuese otro.

Por fin, Hiro se adelantó. Se enfrentó a la boca negra que era la oficina y penetró en las tinieblas palpando con la mano la pared a su derecha, tratando de encontrar el interruptor que rompiese las sombras que se agolpaban alrededor. A su espalda, sus compañeros estaban conteniendo la respiración.

—No lo enciendas —dijo la voz de Lennon—. Y vosotros, entrad de una vez —añadió subiendo un poco el tono para que los demás le escuchasen.

Cuando todos estuvieron dentro, sonó un clic y la puerta se cerró de la misma manera en la que se había abierto: sin que nadie la tocase.

Un segundo después sonó otro clic y la estancia se iluminó lo suficiente para que pudiesen verse las caras.

—¡Director! ¿Se encuentra bien? —Robyn corrió hacia Lennon, que se encontraba medio derrumbado sobre su escritorio con el rostro ensangrentado. Tenía un ojo cerrado casi por completo, hinchado y amoratado, y sobre la ceja un corte del que escapaba un arroyo enrojecido, pero eso no era lo peor.

Lennon tenía una mano empapada en sangre sobre el vientre, intentando detener el halo de vida que se le escapaba por la herida que allí tenía.

—¡Hiro! ¡Haz algo, por favor! —rogó Yun.

El chico se acercó al Director e hizo su magia. De nuevo, de la punta de los dedos comenzó a surgir un chorro de neblina plateada que comenzó a cubrir la herida del Director deteniendo, de nuevo, la hemorragia.

—No es grave, chicos, no os preocupéis —dijo el hombre intentando sonar firme sin conseguirlo. La voz le salía temblorosa—, aunque esto ayuda, Hiro. Me siento mucho mejor.

El muchacho se separó de él y se apoyó en el escritorio, agotado. Necesitaba recuperar fuerzas. La sanación era uno de los hechizos de la magia del sapo que más le costaban. Al no dominarla por completo, le exigía un sobreesfuerzo que lo dejaba exhausto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Yun arrodillándose junto a Lennon, que continuaba en su silla—. Y esta vez no nos mienta.

Lennon suspiró y cerró los ojos unos instantes antes de comenzar a hablar.

—He cometido un error —confesó—. Os he puesto a todos en

peligro.

—No, nosotros estamos bien, Director, no se preocupe —dijo Robyn acariciándole el rostro con suavidad—. Y usted también va a ponerse bien… ¿A que sí, Hiro? ¿A que va a ponerse bien?

La niña miraba al muchacho con una expresión que no terminaba de decidirse entre la esperanza y el miedo. Él, a pesar de no tenerlas todas consigo, asintió. No quería poner nerviosa a Robyn. Algo le decía que el peligro todavía no había pasado.

—Robyn, escúchame —pidió Lennon—. Esto que ha ocurrido es culpa mía, nunca debí traer a Morgan a este complejo. Quería hablar con ella, ver si era posible que se uniese a nosotros… y, para conseguirlo, hice algo terrible. —Hablar le agotaba, Yun le acercó un vaso de agua y limpió con la manga de su camiseta la sangre que continuaba resbalándole desde la ceja—. Os mentí. La magatama que recuperasteis era falsa… y ella lo sabía. Dejó que la atraparais. Era la única manera de conseguir la localización de este lugar.

—La auténtica la tiene usted —dijo Hiro con gesto serio.

—Amanda te lo ha contado —dijo Lennon con una sonrisa ladeada —. No sé de qué me extraño. Lo único en lo que te equivocas es en la forma verbal, lo correcto sería decir que la tenía. Morgan la ha robado.

—¿¡Qué!? ¿Por qué no se la dio a Amanda nada más hacerse con ella? —preguntó Hiro poniéndose en pie. Intentaba contener la ira que sentía. Si Lennon le hubiese dado la magatama a las Black nada más conseguirla, nada de aquello habría sucedido.

—Morgan lee la mente, lo habría averiguado nada más poner un pie en el complejo. Se habría escapado y habría ido a por Amanda y a por su familia, por ese motivo no se la entregué. Sólo intentaba protegerla.

—¿Dónde está Morgan ahora? ¿Sigue aquí? —preguntó Yun—. Todavía podríamos atraparla.

—Creo que sí.

—Pero ¿cómo ha escapado? —quiso saber Hiro—. Puse un escudo en su celda… No lo entiendo.

—Lo atravesó, no sé cómo, pero lo hizo.

—Por lo menos conseguiría hablar con ella, ¿no? —Yun estaba muy

enfadada con Lennon. Todo aquello había ocurrido porque no había confiado en ellos y empezaba a hartarse de su desconfianza y su secretismo.

—Sí, conseguí hablar con ella y parecía que todo iba bien, me escuchó —explicó—. Incluso se mostró sorprendida cuando le ofrecí formar parte de este grupo. Parecía interesada, pero de repente su gesto cambió. Se le oscureció, como si algo hubiese atravesado su mente… Entonces me atacó. Hizo un movimiento extraño con las manos y sentí como si me desgarrase. Luego… supongo que me desmayé. Cuando desperté, ya no estaba en la celda y el panorama era el que habéis encontrado vosotros. Conseguí llegar a mi despacho y os llamé. Lo siento, chicos, es todo lo que sé.

—Hay algo raro en lo que nos ha contado —dijo Olaf—. Yo también hablé con ella. Me dijo que nunca había matado a nadie, pero esto, esta carnicería… No lo entiendo.

Una idea comenzó a surgir en la mente de Yun.

—Mordred —dijo—. Usted nos dijo que era un mago. ¿Qué tipo de mago es?

—Magia negra y roja —replicó Lennon—, hechicería de todo tipo, conjuros, pócimas… Todo.

—Podría ser… —murmuró la joven casi para sí misma—. ¡Tenemos que dar con Morgan! No creo que haya salido del complejo.

Yun lanzó una mirada rápida al Director, pidiéndole permiso. Él asintió.

—No sé qué tienes en la cabeza, pero confío en ti —aseguró el hombre—. Haced lo que debáis, pero no os pongáis en peligro. Si escapa, ya lo solucionaremos. Juntos.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —urgió Yun a los demás.

—Robyn, tu arco está ahí, cógelo. —Lennon señalaba a un rincón.

La niña se acercó y se hizo con el arco y el carcaj, también había un cinturón rebosante de cuchillas y otras armas arrojadizas que se colocó alrededor de la cintura.

Cuando Robyn estuvo lista, algo que le llevó muy poco, salieron del despacho a la carrera, Yun sabía que se les acababa el tiempo. Cuanto más tardasen en encontrarla, más probable era que se marchase. Si su

idea terminaba siendo correcta, sólo tendrían una oportunidad.

Yun corría abriendo todas las puertas que encontraba, olvidada ya toda precaución, tenían que encontrarla. Había estado leyendo sobre magia y creía haber dado con la clave, con el motivo por el cual Morgan había desatado toda aquella violencia en el complejo cuando le había confesado a Olaf que nunca había matado a nadie.

—Yun, ¿qué pasa? —preguntó Robyn pisándole los talones a su compañera.

—Puede que no esté todo perdido —contestó la joven de manera enigmática—. ¡Olaf! ¡Piensa! ¿Dónde se escondería si en realidad no quisiera marcharse? Si quisiera que la encontrásemos.

—No sé —resopló el chico sin dejar de correr—. ¿En su celda? Es donde yo me escondería.

Yun frenó en seco, se dio media vuelta y le plantó un beso en cada mejilla al muchacho.

—Eres un genio, chaval —afirmó con una sonrisa enorme—. Seguidme.

Guio al resto hasta las escaleras que descendían hasta el último sótano, donde se encontraban las celdas. Bajaron a toda velocidad, saltando los escalones de dos en dos y de tres en tres y entraron en el corredor como una tromba de agua. Si hubiese habido alguien allí, lo habrían arrollado. Por suerte, aquel pasillo estaba desierto. Avanzaron hasta la celda que había ocupado Morgan y se detuvieron frente a la puerta.

—Vale, vamos a entrar —dijo Yun—. Estad preparados. Puede que tengamos que luchar contra ella.

—No creo que esté dentro —comentó Robyn—. Los cerrojos están echados.

—Eso no la detuvo para salir. —Hiro la miraba con las cejas alzadas.

—Bueno, podríamos decir que eso es correcto —aceptó Robyn—, pero si ha vuelto a entrar…, ¿cómo los ha cerrado?

—A lo mejor podríamos entrar y dejarnos de idioteces —resopló

Yun.

—No, si yo sólo aviso…

Yun descorrió los cerrojos y abrió la puerta de la celda.

18
UN DESENLACE

Morgan estaba sentada en la cama, la cabeza hundida entre las manos, y sollozaba con violencia.

—¡Largaos! —gritó sin cambiar de postura—. ¡Fuera de aquí!

Olaf comenzó a acercarse a ella, pero Yun le sujetó del brazo para impedirle que continuase avanzando.

—Morgan, sabemos que no querías hacerle daño a toda esa gente —empezó Yun.

—Ah, ¿lo sabemos? —gruñó Robyn ceñuda, con el arco tenso, preparado para disparar una flecha al menor movimiento sospechoso.

—Sí, lo sabemos, Robyn —bufó Yun—. Es Mordred, ¿verdad? —preguntó de nuevo a Morgan—. He leído los papiros. No sé cómo, pero Mordred te ha convertido en su sombra… y ahora te controla. ¿Es así?

—Si no os marcháis, puede que os mate —sollozó Morgan sin alzar el rostro—. Por favor, marchaos…

—Dinos cómo podemos ayudarte —insistió Yun—. Queremos ayudarte.

—¡NO PODÉIS! —La joven se había puesto en pie y su voz sonaba distorsionada, como una radio con interferencias.

—Morgan, por favor —rogó Olaf—, deja que te ayudemos.

La chica comenzó a elevarse del suelo ante el grupo. A su alrededor surgió un aura oscura, grisácea y turbia, y los ojos se le tiñeron con un velo amoratado.

Alzó una mano despacio, casi de manera ceremoniosa.

Tres desgarrones de un rojo oscuro surgieron frente a ella,

suspendidos en el aire.

Estuvieron a punto de desvanecerse cuando Morgan parpadeó y agitó la cabeza de un lado a otro, luchando contra aquello que fuese que estuviese dominándola.

Yun intentó retener de nuevo a Olaf, que había echado a correr hacia Morgan, pero los dedos sólo atraparon aire.

De repente, varias cosas sucedieron a la vez y la habitación se convirtió en un caos.

Los tres desgarrones se separaron de su autora y se precipitaron sobre Olaf.

Hiro le lanzó un escudo protector al mismo tiempo que Yun utilizaba su voz para ordenarle que se convirtiese en Bjørn.

Ambos fallaron por muy poco.

Robyn lanzó tres flechas unidas a cadenas que rodearon a Morgan.

La chica esquivó las flechas sin apenas esfuerzo.

Olaf, todavía en su forma humana, cayó al suelo. El encantamiento lo había golpeado de lleno en el pecho, donde surgieron tres cortes profundos. Un charco de sangre comenzó a extenderse a su alrededor.

Morgan todavía flotaba… y reía, sólo que su voz era ahora profunda y grave, masculina.

Robyn volvió a disparar con el arco.

—Suéltala —ordenó Hiro que había lanzado uno de sus encantamientos a la vez que Robyn había tirado la flecha.

Morgan esquivó la flecha, pero el hechizo de Hiro la había golpeado haciendo que cayese al suelo.

—¡Yun, ahora! —gritó Hiro.

—Suéltala —susurró Yun intentando impregnar de su poder de persuasión todas y cada una de las letras de la palabra.

Morgan sacudió la cabeza y el velo morado se desvaneció de sus ojos. La muchacha se encontraba desorientada. Su mirada viajaba de un lado a otro de la habitación hasta que tropezó con el cuerpo desmadejado de Olaf.

—¡No! —Trató de arrastrarse hasta él, pero Yun se interpuso en su camino.

—Danos la magatama —ordenó Yun.

De nuevo, el velo amoratado en la mirada de Morgan; de nuevo, la voz de hombre, oscura, quebrada, empapada de malevolencia.

—Idiotas, no podéis vencerme. ¡No sois más que gusanos molestos para mí!

El aire se impregnó de electricidad, algo estaba sucediendo. Los

fluorescentes estallaron dejando chispas brillantes en la atmósfera y una peste como a huevo podrido llenó las fosas nasales de todos.

De la mano derecha de Hiro surgieron briznas plateadas que rodearon a sus compañeros atrayéndolos hacia él mientras con la mano izquierda alzaba, a su alrededor, un escudo en forma de esfera brillante.

Una enorme explosión cargada de relámpagos rojizos sacudió la habitación consiguiendo que trozos de pintura se desprendiesen del techo y los muros. Los muebles quedaron calcinados, dejando tras de sí apenas unos esqueletos ennegrecidos y humeantes.

Cuando todo pasó, Morgan había desaparecido… y se había llevado con ella la magatama.

Hiro se arrodillo junto a Olaf y le tomó el pulso.

—Está vivo —anunció—. Tienen que tratarlo cuanto antes.

El chico intentó detener la sangre que manaba del cuerpo de su amigo, pero esta vez el hechizo no funcionó. Tenía que entrenar más la sanación, las heridas de Olaf eran demasiado graves para el alcance actual de sus poderes. Necesitaba todavía mucho trabajo para llegar a dominar por completo la magia del sapo.

Pocos segundos después, la Agente Brown entraba en la celda con un equipo médico que se ocupó de Olaf.

—¿Podrán salvarlo? —preguntó Robyn presa de la ansiedad. Lloraba y se negaba a soltar la mano de su amigo.

—Vamos a intentarlo, Robyn —dijo la Agente Brown, acariciando la cabeza de la niña con ternura—. Te prometo que vamos a intentarlo. Ahora tienes que dejar que hagamos nuestro trabajo. En cuanto sepa algo, os lo diré.

—¿Y los demás? —quiso saber Yun.

—Ya nos estamos ocupando de todos. No hay víctimas mortales.

Yun asintió y abrazó a Robyn.

Hiro observó cómo se llevaban a Olaf. Sacudió la cabeza pensando que no había podido salvarlo.

Se prometió que eso no ocurriría nunca más.

Lo que hacía aquel grupo era demasiado peligroso y él podía ayudarlos.

Acababa de decidir que se quedaría con ellos.

Sería uno más de los Herederos.

19
UN HALLAZGO

—Se ha llevado la piedra —anunció Yun. Se encontraba en la sala de cámaras, con la Agente Brown y el Director Lennon.

—Pero todos estáis bien —dijo Brown con una sonrisa satisfecha.

—Bueno, Olaf casi no lo cuenta —insistió la joven—. Si eso es estar bien…

—Olaf sobrevivirá, es fuerte. En menos de una semana, estará ahí con vosotros. —Brown señaló con la cabeza a una de las pantallas, en donde se veía a Hiro y a Robyn charlando con Amanda Black y con Eric en la sala que utilizaban para descansar.

—¿Y qué ha dicho Amanda? —le preguntó Yun a Lennon.

—No le ha gustado. Ha entendido mis motivos, pero no le ha gustado nada de todo este asunto —replicó el hombre sin dar más explicaciones. Tenía varios puntos sobre la ceja y, aunque no era visible, sabía que un vendaje rodeaba la herida del vientre, también cosida de arriba a abajo, había sido necesario operarlo—. ¿Cómo supiste que Morgan no se marcharía?

—Desde que nos encomendó la misión, he leído mucho sobre magia… Ya sabe, papiros, grimorios y esas cosas. Me gusta saber a qué me enfrento. Morgan le contó a Olaf que no había matado a nadie. Yo también tengo mis medios para espiar a la gente, Director —confesó Yun con una sonrisa inteligente—. Escuché toda la conversación que mantuvieron. Ella parecía estar bien con Olaf, pero cuando él sugirió hablar con usted, todo cambió. Le pidió que se fuese, se cerró en banda. Después, usted nos dijo que también le había parecido interesada en unirse a nosotros… y eso es lo que me dio la

pista. Morgan está bajo el influjo de Mordred. Él la domina. Por más que ella no quiera obedecerlo, no le queda más remedio. La ha hechizado. Leí sobre un encantamiento en los *Papyri graecae magicae* para someter a tu propia sombra a tu voluntad… Esto es una suposición, pero creo que no me equivoco: Mordred la ha convertido en su sombra y así ha conseguido someterla. Eso, o ha modificado el hechizo para someter a otros, una de dos.

—Entonces no todo está perdido con ella —murmuró Lennon.

—Hay un problema. —Yun frunció los labios—. Sólo Morgan puede romper la maldición, es difícil explicarlo… Digamos que es más una batalla de voluntades que otra cosa, gana el más fuerte. Y, por lo visto, ahora mismo el más fuerte es Mordred. Si pudiese hablar con ella… Tiene que haber algo que no sabemos, una manera de ayudarla. Creo que no está con él por voluntad propia, pero tampoco puede abandonarlo… nos pidió que nos fuésemos, no quería hacernos daño.

—Hay algo más… He revisado las imágenes —dijo Lennon—. Cuando utilizaste tu poder, Morgan pareció… No sé cómo explicarlo… Pareció regresar. Incluso intentó acercarse a Olaf, parecía horrorizada.

—Ella es inmune a mi poder.

—Sí, pero si estás en lo cierto, puede que Mordred no lo sea.

Yun meditó unos instantes.

—Tiene razón, había algo raro en sus ojos, se habían vuelto violáceos. Como si estuvieran cubiertos por algo… Cuando utilicé mi poder, eso desapareció. Tal vez tenga razón. Tal vez Mordred no sea inmune a la persuasión, pero duró muy poco.

—Duró bastante. Tendremos que trabajar más en ello, eso es todo… Al final, esta misión no ha ido tan mal —zanjó Lennon.

—Pero ¿qué dice? Hemos fracasado. ¡Nuestra primera misión y hemos fracasado!

—¿De verdad lo crees? —el Director sonreía. En esta ocasión no era una de sus medias sonrisas, de ésas que no alcanzaban los ojos, se trataba de una sonrisa sincera y abierta, casi feliz.

—A ver, claro que lo creo. Se ha llevado la piedra y casi mata a Olaf… A mí esto tampoco me parece un éxito.

—Fíjate en la pantalla y dime qué ves… —insistió él—. La

magatama es lo de menos.

Yun obedeció sin entender lo que quería decirle. Por muchas vueltas y giros que le diese, a ella aquella primera misión le parecía una rotunda y enorme cagada.

—Vale, Hiro y Robyn charlan con Amanda y Eric.

—¿Qué te ha parecido trabajar con Hiro?

—Se sale. Es el mejor. Por primera vez hemos podid…

En ese momento se dio cuenta.

Lennon la miraba con una ceja alzada y una media sonrisa.

—De nuevo, has dado en el clavo —dijo—. Por primera vez habéis sido un equipo. Ese muchacho es la pieza que os faltaba y esta misión ha servido para encontrarlo.

—Pero va a volver a Japón…

Lennon y Brown negaron con la cabeza.

—Nos ha dicho que se queda. —La agente intentaba disimular su alegría, pero no terminaba de conseguirlo—. Quiere formar parte del grupo.

—Os ha unido sin pretenderlo siquiera —añadió Lennon—. Ahora sois imparables.

Yun volvió a fijar la mirada en la pantalla y, poco a poco, sus labios se curvaron también en una sonrisa a juego con la de los dos adultos.

El Director tenía razón: tal vez les faltase algo de práctica, pero con Hiro junto a ellos, los Herederos serían imparables.

PERSONAJES Y LUGARES

DIRECTOR LENNON JR.

Heredero del director original de la Organización. Está reuniendo a un nuevo grupo, los Herederos, que lo ayuden a luchar contra Mordred y Morgan. ¿Cómo ha sabido de sus intenciones? Lo desconocemos, pero está convencido de que para vencerlos será necesario reunir a los Herederos.

SOYA HIRO

Heredero de Jiraiya, el primer ninja. Hiro, de quince años, es el último de una larga estirpe de ninjas encargada durante siglos de proteger Japón y a sus habitantes del clan Orochimaru, un poderoso clan enemigo poseedor de la magia de la serpiente. Con ayuda de Amanda Black, consiguió derrotarlo en *Amanda Black 9. El camino del ninja*, convirtiéndose de paso en el interés romántico de la joven. Es

poseedor de la magia del sapo. Es sensato, sensible, inteligente y siempre se preocupa por los demás.

ROBYN LOCKSLEY

Heredera de Robin Hood. Fue abandonada al nacer en un orfanato en los suburbios de Londres del que escapó con apenas seis años prometiéndose no volver jamás. Desde entonces malvivía en las calles de la ciudad aprendiendo a valerse por sí misma.

El Director Lennon la encontró y le ofreció protección. En agradecimiento, Robyn se unió voluntariamente a los Herederos.

Domina el uso del arco y de cualquier arma arrojadiza que pueda lanzar con su propio cuerpo. Cualquiera es cualquiera, desde un clip a una sartén.

ZHENG YUN

Heredera de Zheng Shih, conocida como la reina pirata china que en el siglo XVIII reunió un tesoro imposible de imaginar durante sus años al mando de una flota de mil quinientas naves.

Yun (Yun es el nombre, Zheng el apellido), a sus 16 años, es un genio de la tecnología, además de una de las más importantes influencers de estilo en redes sociales con millones de seguidores en todo el mundo. Heredó la fortuna de su familia tras la muerte de sus padres. Es vanidosa, muy muy inteligente, divertida, carismática… y puede convencer a casi cualquier persona de que haga lo que ella diga.

OLAF LOÐBRÓK

Heredero de Ragnar el Rojo, un rey nórdico hijo ilegítimo de Odín.

Olaf es dulce, callado, aficionado a la comida y a moverse lo imprescindible. Le gusta el *viking metal*, algo que tiene en común con Morgan.

Su carácter bonachón, amable e inocente podría hacernos pensar que no existe la malicia en su interior y eso es así mientras no le hagan enfadar. Al igual que todos sus ancestros, comienza a verlo todo rojo y se convierte en berserker. Cuando esto ocurre no distingue a amigos de enemigos, se vuelve imparable.

MORDRED

Heredero e hijo ilegítimo del rey Arturo y aprendiz del hechicero más poderoso de la historia, Merlín el Mago. Mordred luce el aspecto de un hombre en la cuarentena, pero que eso no nos engañe, tiene más de 900 años.

Es elegante, fuerte e inteligente y su ansia de poder lo ha corrompido del todo. Está empeñado en reunir ciertos elementos que, junto con la magia negra y roja que domina, le permitirán esclavizar a la humanidad.

Su herencia le fue arrebatada y, por lo tanto, considera justificado que se le devuelva… con intereses.

MORGAN LE FAY

Heredera de Morgana, hechicera de la corte artúrica y se dice que

hermana del mítico rey bretón. Trabaja a las órdenes de Mordred, pero su espíritu independiente la llevará a ir por su cuenta en más de una ocasión. Decidida, despiadada, peligrosa y con un ingenio muy vivo. Es una joven que, en mejores circunstancias, podría haber sido una más de los Herederos.

AGENTE BROWN

Nadie sabe su verdadero nombre. Forma parte de la Organización desde que el Director Lennon se hizo cargo de ella. Lleva años trabajando codo con codo con él y se ha convertido en su mano derecha.

Ha sido la responsable de ayudar a Lennon a entrenar a los Herederos y siente un miedo indescriptible cada vez que tienen que encargarse de alguna misión. Se ha encariñado con ellos, pero su fidelidad está y estará siempre del lado de Lennon.

AMANDA BLACK

Heredera de un antiguo culto dedicado a la Diosa egipcia Maat. Vive con su tía abuela Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes y que su misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que en malas manos podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.

ERIC

Es el mejor amigo de Amanda. No sólo van juntos al mismo instituto, sino que la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda, era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Es algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus personas favoritas del mundo son su madre, Esme y Amanda.

LA ORGANIZACIÓN

A principios del siglo pasado existía una organización dedicada a proteger al mundo de amenazas sobrenaturales. Una organización tan secreta que no tenía ni nombre. Fundada por el Director Lennon (abuelo), operaba con el apoyo de los gobiernos más importantes del mundo. Aun así y durante toda su historia bajo el mando del Director Lennon (abuelo) y del Director Lennon (padre), fueron capaces de mantener una completa independencia.

Durante años cumplieron su misión y lo hicieron de manera tan exhaustiva y completa que, poco a poco, triunfo a triunfo, la Organización murió de éxito.

Sólo el heredero del Director Lennon (padre), el también llamado Director Lennon (Director de nombre, Lennon de apellido), mantiene viva la lucha con unos fondos paupérrimos y sin apenas credibilidad.

¡La nueva serie de los autores de Amanda Black! Conoce a los Herederos, la última defensa contra las fuerzas del mal.

Hace cien años, la poderosa **Organización** ayudó a proteger el mundo y erradicar el mal. O eso creían… cuando **Mordred, el malvado hijo del Rey Arturo**, vuelve de entre las sombras para intentar controlar el mundo, el **Director Lennon** reclutará a adolescentes que llevan en sus venas la sangre de los **grandes héroes del pasado** para luchar contra las fuerzas del mal.

En esta primera aventura, Lennon ha juntado a un equipo de **Herederos**.Ha logrado encontrar a tres magníficos candidatos, cada uno con sus propias habilidades. Sin embargo, carece de una pieza clave: **un líder** que les una y les convierta en un verdadero equipo.

Cuando una amenaza los lleve hasta Japón, conocerán a **Hiro**, **un ninja noble y desinteresado** que, tras algunos roces, será exactamente el líder que este equipo necesita.

Bárbara Montes es licenciada en Psicología y diplomada en Turismo. Trabajó como responsable de marketing y comunicación hasta que decidió dar el salto a la psicología, especializándose en niños y adolescentes. Ha publicado cuatro novelas infantiles (serie Rexcatadores, B de Block)y *Julia está bien* es su primera novela dirigida a un público adulto. En la actualidad vive en Madrid.

Juan Gómez-Jurado (Madrid, 1977) es periodista y autor de varias novelas de gran éxito, traducidas a cuarenta lenguas. Las obras sobre el Universo Reina Roja (*El paciente*, *Cicatriz*, *Reina Roja*, *Loba Negra*, *Rey Blanco*, *Todo arde* y *Todo vuelve*, todas ellas publicadas en Ediciones B) se han convertido en el mayor fenómeno de ventas del thriller español y han consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género a nivel internacional. Prime está adaptando la serie *Reina Roja* en uno de los proyectos audiovisuales más esperados en todo el mundo.

Actualmente colabora con varios medios y es cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Bárbara Montes y Juan Gómez-Jurado
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, David G. Forés, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Silvia Blanco
Ilustración de portada: © David G. Forés

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19522-96-2

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: penguinkidsEs
X: @penguinkidsEs
Instagram: @penguinkidsEs
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Herederos. El legado de los héroes

Prólogo

1. Una pantalla

2. La historia de Yun

3. La organización

4. La misión

5. Un vuelo

6. Una hechicera

7. El desconocido

8. Una petición de ayuda

9. La historia de Hiro

10. Una oferta

11. Una pelea

12. La historia de Olaf

13. Un día de clase

14. Una verdad incómoda

15. La historia de Robyn

16. Una fuga

17. Una búsqueda

18. Un desenlace

19. Un hallazgo

Personajes y lugares

Sobre este libro

Sobre Bárbara Montes y Juan Gómez-Jurado

Créditos